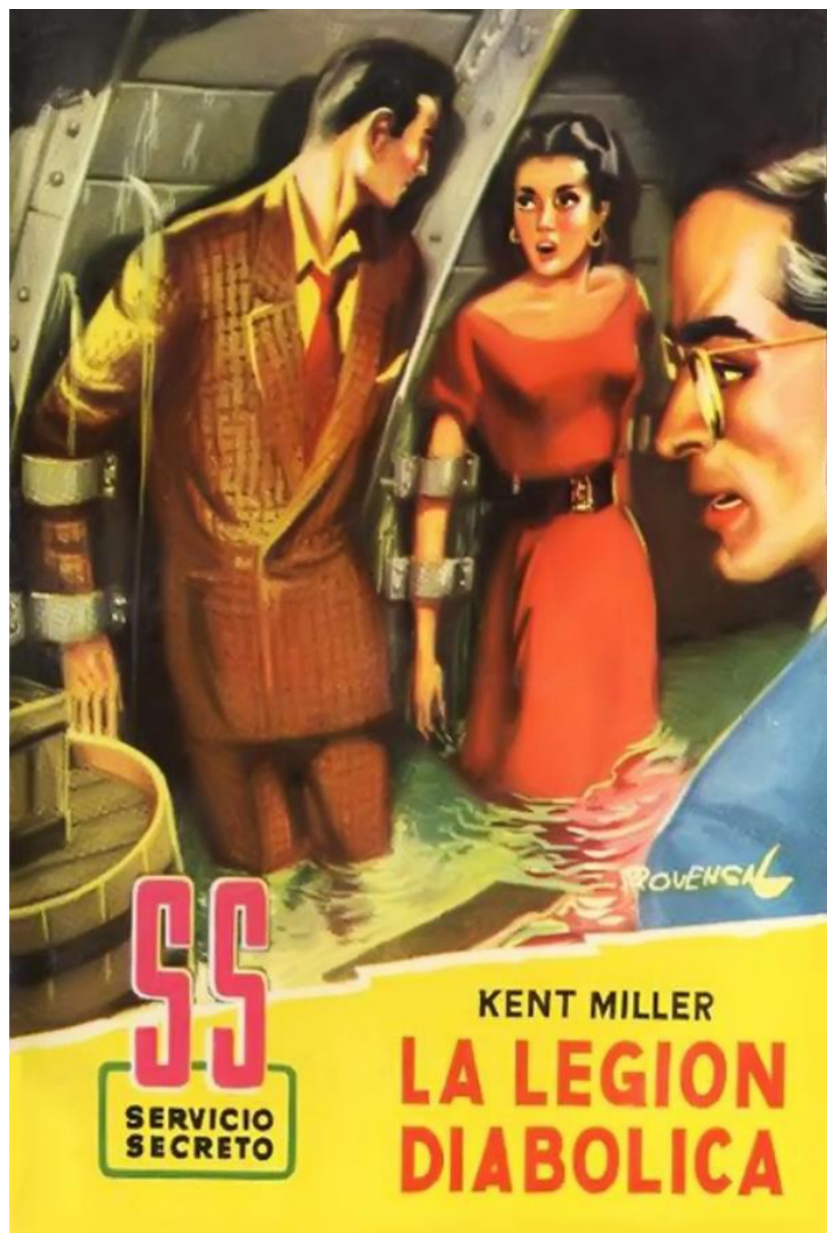




SS

SERVICIO
SECRETO

KENT MILLER

LA LEGION DIABOLICA

KENT MILLER

La legión diabólica

1ª EDICIÓN
OCTUBRE-1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

La LEGIÒN DIABOLICA

per

KENT MILLER



CAPÍTULO PRIMERO

El centinela que montaba la guardia a la entrada del campo adelantóse media docena de pasos al advertir que los vehículos desviábanse de la carretera principal y tomaban el pequeño ramal que conducía al aeródromo. Eran cuatro automóviles en total, y, de ellos, dos pertenecían a la Policía Metropolitana.

Del primer automóvil saltó un individuo que se encaminó directamente hacia el vigilante y mostróle unos papeles que llevaba en la mano.

—Soy el inspector O'Brien —le dijo—. Espero le habrán informado de que íbamos a venir.

—Sí, señor —respondió el centinela examinando brevemente los documentos—. ¿Cuántas personas vienen con usted?

—Doce, en total. Seis de ellos no pertenecen a la policía. Son el comandante Brewster, del Servicio de Experimentación para la Defensa Atlántica, el doctor Mallory, tres fotógrafos y un informador, designados estos últimos por el gobernador del Estado.

El soldado devolvió los documentos al inspector. Saludó militarmente y se hizo a un lado.

—Está bien, señor. Pueden pasar.

El inspector hizo una seña a sus acompañantes y juntos entraron en el campo militar de High Field: Una de las pistas estaba profusamente iluminada, y hacia ella se dirigieron los recién llegados. Al estar más cerca, dos oficiales salieron a su encuentro.

—Soy el inspector O'Brien —presentóse el policía—. ¿Falta mucho para la llegada del avión «206»?

—No, señor —contestó uno de los oficiales—. El puesto de control ha dado la orden de preparar la pista número cinco. Es sólo cuestión de unos minutos. Vengan por aquí, por favor.

Los componentes de la comitiva fueron acompañados hasta un pabellón que se levantaba a poca distancia de la pista de aterrizaje.

Un silencio absoluto mantenían entre ellos, como si obedecieran a una, rígida consigna, incluso los dos oficiales del aeródromo parecían contagiados de tal mutismo y permanecían algo apartados del grupo sin cambiar una sola palabra entre sí.

La pista, que comenzaba a muy escasas yardas de donde se hallaban, aparecía deslumbrante por los potentes focos sobre ella proyectados. Desde las extremidades del campo los haces de los reflectores partían hacia la obscuridad del espacio con el fin de señalar al avión «206» el lugar donde debía efectuarse el aterrizaje. Faltaban escasos minutos para las diez, y la noche aparecía cerrada como pocas veces. Y por si ello fuera poco, una espesa niebla comenzaba a descender sobre aquel lugar.

De pronto, el zumbido lejano de un avión que se aproximaba, por la parte del mar, arrancó un ligero murmullo entre los que aguardaban. Encendieron las luces de orientación y un equipo de obreros salió de un hangar dirigiéndose a la pista.

Minutos después uno de los reflectores localizó al avión y lo acompañó hasta posarse en tierra. Zumbaban aún los motores cuando los doce hombres se acercaron a la nave. Había expectación en todos. Los fotógrafos prepararon sus máquinas y el periodista sacó su cuaderno de notas.

Por la portezuela abierta asomó la cabeza un hombre de unos cuarenta, años. Miró a los que esperaban y descendió por la escalerilla dispuesta al efecto.

O'Brien se adelantó a recibirlo.

—¿Qué tal va eso, Mercey?

—Buenas noches, inspector O'Brien —saludó el viajero al tiempo que estrechaba la mano que le ofrecía—. ¡Vaya un tiempo el de esta noche! Y con la compañía que me he traído...

Hizo un gesto para señalar el avión y quedóse junto al inspector.

Tres de los obreros del aeródromo subieron a bordo. Poco después reaparecían transportando un pesado objeto que bajaron con grandes precauciones. Entre los que esperaban se produjo un movimiento de expectación. Entonces se pudo ver que la carga que había transportado el aparato en su viaje desde Puerto Rico no era otra cosa que un sencillo ataúd.

Depositáronlo sobre unas parihuelas y se apartaron los empleados del campo.

El llamado Mercey sacó una llave del bolsillo y la introdujo en uno de los cierres.

—Buena faena, Mercey —comentó O'Brien mientras efectuaba dicha operación—. Nadie esperaba que apareciera por allí.

—Lo descubrí por pura casualidad —habló Mercey sin volverse—. No quise exponerme a que escapara de nuevo y disparé contra él. Sentí repugnancia a obrar en esta forma. Con otro tal vez no hubiera hecho lo mismo, pero con el profesor no podía andarme por las ramas.

Mercey se enderezó sin haber levantado la tapa. Miró a los hombres que acompañaban al inspector y preguntó:

—¿Es preciso que sea aquí?

—Sí —repuso O'Brien—. Cuanto antes terminemos, mejor.

El agente Mercey levantó entonces la tapa del ataúd y se hizo a un lado. Los componentes del grupo se acercaron más aún.

Un hombre de unos cincuenta años ocupaba el féretro. Tenía el cabello ligeramente plateado y la palidez de su rostro resaltaba sobre el paño negro que le servía de fondo.

El inspector O'Brien, el coronel Brewster y el doctor Mallory lo contemplaron por unos instantes.

—¿Lo reconoce usted, coronel? —preguntó O'Brien dirigiéndose al primero.

—Sí; se trata del propio profesor Zabbs. De ello no tengo la menor duda.

El doctor Mallory sacó una linterna del bolsillo y dirigió el haz plateado hacia el rostro del muerto. Con la mano izquierda alzó los párpados valiéndose de los dedos pulgar e índice. Inclínose para observar mejor. Luego se enderezó y guardó nuevamente su lamparita.

—No parece que haya muerto en forma violenta —comentó.

—Estoy seguro de que fue instantánea —aclaró Mercey a su lado.

O'Brien hizo una seña a los fotógrafos.

—Ahora les toca a ustedes.

Los tres se acercaron al féretro, y durante unos segundos dispararon sus fogonazos de magnesio, impresionando varias placas.

—¿Será posible dar alguna a la publicidad? —preguntó uno de ellos.

—Hasta tanto no se conceda autorización deberán ustedes abstenerse de tal cosa —les previno el inspector—. Ante todo es necesario que la superioridad realice la necesaria identificación.

—¿Ni siquiera una sencilla nota informativa? —preguntó, a su vez, el encargado de hacer la información.

—Ni una sola palabra.

Nadie insistió. Indudablemente conocían las órdenes dadas a tal efecto y la necesidad de ajustarse estrictamente a las mismas.

—Hemos terminado ya, Mercey —añadió O'Brien indicando al agente que podía cerrar ya el ataúd.

El aludido no se lo hizo repetir, y sacando de nuevo la llave echó el cierre.

Entre tanto una ambulancia había llegado. Colocaron el féretro en su interior y la comitiva dirigióse hacia la salida. Subieron a los automóviles que aguardaban.

Una vez la ambulancia hubo abandonado el campo, la comitiva emprendió la marcha tomando su misma dirección.

Veinte minutos más tarde deteníanse ante las verjas de un cementerio. Se hallaban en la zona de Englewood, al otro lado del Hudson, y tal lugar había sido elegido por la superioridad para la inhumación del cadáver del profesor Carl Zabbs.

Media hora duró la ceremonia, sin otros testigos que los mismos asistentes a la llegada del ataúd en High Fields y cuatro empleados de la necrópolis. En aquel tiempo nadie pronunció una palabra. Los fotógrafos impresionaron nuevas placas y el informador oficial tomó nuevos apuntes.

Eran las once treinta y cinco de la noche cuando O'Brien y sus acompañantes emprendían el regreso, a Nueva York con el ánimo tranquilo y una indefinible sensación de alivio por haber puesto punto final a uno de los más azarosos capítulos en la lucha por la seguridad de los Estados Unidos. Al menos así lo creía O'Brien, como todos sus acompañantes. Es decir, todos menos uno.

En la penumbra de los coches que los devolvían a la gran urbe, un rostro aparecía inquieto. De vez en cuando, no obstante, sus labios distendíanse en una cínica sonrisa. Pero nadie de cuántos iban con aquel hombre podían sospechar la índole de los pensamientos que surcaban su cerebro. Faltaban pocas horas, y...

El doctor Mallory entró en el despacho del coronel Smith. No

eran aún las diez y ya el coronel se hallaba trabajando rodeado de considerable cantidad de libros y papeles.

—¡Buenos días, coronel! —saludó Mallory, jovial.

—¡Hola, Mallory! Veo que ha sido usted puntual.

—Acostumbro a madrugar —sonrió el médico, tomando asiento en uno de los butacones.

El coronel le alargó una caja de cigarros, pero Mallory los rechazó cortésmente.

—Gracias. Sólo fumo algún que otro cigarrillo mientras trabajo.

—Tómelos, pues —insistió el militar—. Va a tener que necesitarlos.

Mallory quedósele mirando, intrigado.

—¿De qué se trata?

El coronel Smith tomó uno de los cigarros y lo encendió.

—He recibido un informe detallado de la ceremonia de anoche —dijo—. Veo que fue una cosa sencilla.

—No le comprendo.

—¿Vio usted el cadáver de Zabbs? —preguntó Smith.

—Sí.

—¿Se aseguró de que...? Bueno —sonrió el coronel—, comprendo que le estoy haciendo unas preguntas bastante estúpidas; pero es mi obligación no olvidar ningún cabo antes de dar por concluido ese enojoso asunto del profesor. Quiero decir si el profesor Zabbs estaba muerto.

—Desde luego. Creo que... sí.

—¿Lo cree solamente?

El doctor Mallory entornó sus ojillos y los fijó en su interlocutor.

—¿Por qué me hace esa clase de preguntas?

—Sencillamente. Necesito tener la certeza de que quién ocupaba el ataúd era el propio profesor Carl Zabbs, y esto me ha sido confirmado por el coronel Brewster. Ahora me falta saber que Zabbs estaba muerto. Usted es médico y estaba allí en el momento de la llegada.

Mallory vaciló antes de responder.

—Lo examiné unos instantes; pero vi lo suficiente para tener la convicción de que Zabbs estaba muerto.

El coronel se puso en pie y comenzó a pasear de un lado al otro de la habitación. Desde su asiento, Mallory lo contemplaba,

intrigado.

—Creo que sería conveniente asegurarse —dijo al fin el militar regresando a su mesa de trabajo—. Zabbs ha sido un elemento peligrosísimo y no me extrañaría ver cómo vuelve del otro mundo para jugarnos una mala pasada. Sí, Mallory, prefiero asegurarme de que ha muerto y que ya nada podemos temer de sus maquinaciones.

Mallory fue quien ahora se puso en pie.

—Bien, coronel Smith. Si es eso lo que puede tranquilizarle, cuente con mi colaboración. Haremos la autopsia al cadáver de Zabbs. ¿Cuándo?

—Cuanto antes, mejor.

Mallory consultó su reloj.

—Avisaré a mis ayudantes para que acudan a Englewood. A las once y media. ¿Le parece bien?

—Conforme.

Smith tendióle la diestra, que Mallory estrechó.

Una hora más tarde el automóvil conducido por el propio Mallory llegaba a las puertas del cementerio donde la noche antes dejaran el ataúd de Zabbs. Allí aguardaban ya sus tres ayudantes. También se encontraban presentes dos oficiales designados por el coronel Smith y un alto representante del

«F. B. I.».

El féretro conteniendo el cuerpo de Carl Zabbs fue conducido a la sala preparada al efecto. Una vez allí, el inspector del

«F. B. I.»,

introdujo la llave en los cierres y levantó éstos. Luego se hizo a un lado.

El propio Mallory fue quien levantó la tapa del féretro. La mantuvo unos instantes suspendida y quedó inmóvil, rígido por el estupor. Luego volvió la cabeza hacia los que le acompañaban; pero ya el policía y los dos oficiales se habían acercado a él.

—¿Qué significa esto? —preguntó el inspector mirándole, asombrado.

La voz de Mallory, al contestar, tenía un incontenible temblor, de quién se encuentra en presencia de un hecho sobrenatural.

—Significa que el cadáver de Zabbs ha sido robado esta misma noche.

—¿El cadáver de Zabbs? ¿Está seguro de que ese individuo

estaba muerto?

—Anoche tal vez lo hubiera jurado; pero ahora ya no sé qué creer. Es a usted, inspector, a quién corresponde aclarar este misterio.

Uno de los oficiales introdujo la mano en el ataúd y sacó uno de los objetos que contenía. Tratábase de un saquito de lona, y al abrirlo comprobó que estaba lleno de tierra.

—Es tierra roja —aclaró el inspector, examinándola—. Igual a la que hay en los campos de estos alrededores.

A las nueve de la noche dos hombres salían del edificio que ocupaba el Servicio de Experimentación para la Defensa Atlántica. El extraordinario lujo de vigilancia desplegado tanto en el interior como en el exterior del inmueble, eran pruebas bien patentes de la importancia de lo que allí se guardaba.

El de más edad, que vestía de oscuro, era el inspector Reedy del

F. B. I.,

el hombre que desde un principio se había encargado del caso del profesor Zabbs. El otro, joven cuya edad oscilaría entre los veinticinco y treinta años, era Buck Keller, el dinámico y astuto agente que en menos de un año de actuación había sobresalido extraordinariamente en cuantos asuntos interviniera.

—Confieso que jamás hubiese creído que iba a tener que encargarme de nuevo de ese endiablado profesor —hablaba Reedy—. Sólo cuarenta y ocho horas de descanso y de nuevo a enfrentarse con un fantasma escapado de la tumba.

—¿Crees que alguien pueda estar interesado en robar su cuerpo? —preguntó Keller—. No olvides que el agente Mercey fue quien terminó con él. El doctor Mallory afirma que Zabbs estaba muerto.

—No lo entiendo. De todos modos, es indudable que una o varias personas han intervenido en su desaparición. La caja tenía los cierres echados, y desde el interior era imposible, abrirla.

—¿De dónde diablos, salió ese sujeto?

—Zabbs era de origen serbio. Se estableció en nuestra patria hace ya treinta años, a la terminación de la primera guerra mundial. Era un físico muy experto, y pronto destacó en sus trabajos. Ello le valió un puesto importante en los Laboratorios de Everett Lake. Últimamente formaba parte del cuerpo de investigadores en el

Servicio de Experimentación para la Defensa Atlántica. Es de allí de donde obtuvo los más destacados hallazgos en el campo de la desintegración silenciosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Keller, intrigado.

—Creo que se refiere a la fuerza cohesiva de las moléculas de los metales. Algo así como reducir a polvo un metal cualquiera. ¿Imaginas lo que esto representa?

—Casi —sonrió Keller—. Ahora comprendo el empeño en darle caza tan pronto como desapareció con los datos robados. Un sujeto así hubiera podido terminar con nuestra nación en menos que canta un gallo.

—Sin embargo, parece ser que Zabbs olvidó algo muy importante. Sin ello de nada servían los documentos robados.

Acababan de desembocar en el Broadway. Reedy llamó a un «taxi» y ambos hombres subieron a él.

Diez minutos después apeábanse ante el cuartel de la policía en la calle 56.

—Necesito hablar con el agente Mercey —le dijo Reedy al sargento que había de servicio.

—El agente Mercey vino anoche y ya no se le ha vuelto a ver por aquí —repuso el sargento—. Creo que se le ha concedido un corto permiso. Ya estarán ustedes enterados de lo de...

—Sí, lo estamos —atajó el inspector—. ¿Puede darme las señas de su domicilio?

—Desde luego. Tengan la bondad de aguardar unos momentos.

Poco después regresaba con un papel donde había anotado la dirección del domicilio de Mercey.

Volvieron a subir al «taxi» marchando directamente en busca del agente. Al llegar allí llamaron a la puerta; mas sin resultado alguno.

—Hay que entrar como sea —decidió Reedy.

Marcharon hasta la parte posterior del edificio, utilizando la escalera de escape. Al llegar frente a una de las ventanas que daban al cuarto de Mercey, Reedy encendió la lamparita de bolsillo. Y lo que vio le hizo lanzar un gruñido de asombro.

Los muebles de la habitación aparecían derribados, y un completo desorden se observaba por doquier.

El inspector rompió uno de los cristales y abrió la ventana. Igual desbarajuste advertíase en la habitación contigua; pero pronto

comprobaron que Mercey no estaba en el piso.

—¿Escuchó algún ruido sospechoso? —preguntó al portero del inmueble.

—No recuerdo nada, que me llamara la atención —repuso—. El señor Mercey llegó a altas horas de la noche. Desde entonces no he vuelto a verlo.

Desde un bar cercano llamó Reedy por teléfono al coronel Smith. Cambió con él unas palabras y regresó junio a Keller.

—Habrà que echar una ojeada al ataúd de Zabbs. Tal vez haya allí algo que de momento ha escapado a la mirada de los demás.

Indicaron al conductor que les llevara a Englewood. El guardián del cementerio franqueóles la entrada apenas Reedy se identificó como inspector del

F. B. I.

Al conocer su propósito no opuso ningún reparo en servirles de guía hasta el lugar donde había quedado el féretro que guardara el cuerpo de Carl Zabbs.

A diferencia de la noche anterior, la luz de la luna inundaba aquel lugar. Los tres hombres avanzaban sobre el césped, por lo que sus pisadas apenas si resonaban en aquella soledad.

De pronto, el guardián se detuvo y señaló hacia un grupo de árboles. Un haz luminoso oscilaba entre las ramas de un alto seto.

—¿Quién puede ser que esté aquí a estas horas de la noche? —murmuró procurando no levantar demasiado la voz.

—¿Está seguro de que no entró nadie antes de nosotros? —preguntóle el inspector.

—Seguro.

—En tal caso no se mueva de aquí y sólo venga si oye que le llamamos.

Reedy hizo una seña a su acompañante y ambos avanzaron en dirección a la luz. Ésta se movía, junto a un pabellón. No se escuchaba ninguna voz y sí solamente el rumor de unas pisadas sobre la arena de la avenida.

De pronto una voz de alerta resonó hacia la izquierda. Los dos hombres volviéronse, extrañados, ya que el sonido revelaba inconfundiblemente que se trataba de una mujer.

Inmediatamente la luz se apagó. Reedy saltó al centro del camino y echó a correr hacia el pabellón. Casi a su lado marchaba

Keller. Habían sacado sus pistolas en previsión de que los intrusos intentaran ofrecer alguna resistencia.

A poca distancia del pabellón abríase una bifurcación.

—¡Ve por ese lado, Buck! —ordenóle el inspector.

Keller no se hizo repetir la orden. Torció hacia la izquierda, pero al ver que el sendero se desviaba excesivamente, lanzóse por entre un grupo de tumbas con el fin de cortar el paso a los que huían.

Tres hombres corrían en dirección opuesta. Uno de ellos llevaba un maletín y marchaba delante, en tanto que los otros dos parecían guardarle la espalda.

Keller disparó por encima de sus cabezas para intimidarles. Por un momento aquellos individuos torcieron el rumbo de sus pasos, pero no tardaron en buscar nuevamente el camino y parapetarse tras unos panteones.

Alguien comenzó a disparar. Buck Keller estaba seguro de que no era el inspector, ya que en aquellos momentos debía encontrarse más a la derecha. Acurrucóse tras una de las tumbas y contestó con energía.

Advirtió que se trataba de uno de los perseguidos. Era evidente que con ello solo pretendía dar tiempo a sus compinches para ponerse a salvo con el fruto de su incursión.

Buck descargó toda la provisión de la pistola en aquella dirección. Sin embargo el otro parecía dispuesto a hacerse fuerte en su refugio y no debió inmutarse.

Mientras colocaba un nuevo cargador, oyó a Reedy acercarse. Disparaba descubierto y en forma tal que pronto obligó al otro a desalojar aquella posición. Salió disparado hacia el lugar por donde acababan de desaparecer sus compañeros, seguido a un tiempo por el inspector y su agente.

—¡No te acerques demasiado, Buck! —advirtióle Reedy que llegaba corriendo—. ¡Puede estar escondido entre aquellos arbustos!

Y, dándole la razón, una nueva ráfaga de plomo partió de la espesura.

Keller replicó y Reedy hizo lo propio. Escucharon un gemido de dolor seguido del ruido que produce un cuerpo al caer.

Del otro lado de los árboles les llegó el ruido de un motor al ser puesto en marcha.

Olvidando ya toda precaución, los dos hombres echaron a correr

hacia allí. Mientras Buck Keller se arrodillaba junto al cuerpo inmóvil del herido, el inspector Reedy llegaba hasta el muro que limitaba el sagrado recinto.

El automóvil se alejaba ya a toda velocidad por la carretera que pasaba no lejos de allí.

Decepcionado volvió Reedy hasta donde quedara Keller. Estaba en pie y parecía aguardar su regreso.

—Han conseguido escapar —dijo con evidente malhumor.

El agente señaló el cuerpo tendido a sus pies.

—Está muerto —dijo—. Ha sido una mala suerte no cazarlo con vida.

—Lo llevaremos hasta el pabellón —decidió Reedy.

Cargaron con el cadáver y lo llevaron hasta el pabellón donde sorprendieron a los intrusos.

El guarda se encontraba ya allí, aguardando el desenlace de aquella persecución.

—¿Has olvidado a la mujer que gritó el aviso? —preguntó Keller.

—Ahora nos dedicaremos a buscarla —contestó su superior—. No creo haya podido ir muy lejos.

Encargaron al guarda la vigilancia del cadáver y se encaminaron hacia el lugar donde había sonado el grito de la mujer.

Tal como hicieran antes separáronse los dos hombres, registrando minuciosamente los altos arbustos y los severos túmulos y panteones. Los brillantes haces de sus lámparas hurgaban incesantemente los oscuros rincones del cementerio buscando a la persona que avisó a los malhechores de su llegada. Al mismo tiempo los cañones de sus «Luger» enfilaban todo lugar que ofrecía alguna sospecha. El tratarse de una mujer no representaba garantía alguna de que no fueran a recibirles con una granizada de balas. Reedy sabía bastante de esto por haberlo experimentado en más de una ocasión.

Sin embargo nada de lo temido sucedió.

Fue el resplandor de la linterna de Keller quien la descubrió acurrucada entre unos arbustos. Parecía terriblemente asustada y temblaba de pies a cabeza.

—¡Salga de aquí, enseguida! —amenázóla el muchacho.

Vio en un rostro muy pálido dos grandes ojos muy oscuros

parpadear rápidamente por el deslumbramiento de la luz que le caía de lleno.

—¿Es que no me oye? —insistió Buck al ver que ella no hacía el menor gesto por atender su indicación.

Tampoco esta vez tuvo más éxito. Entonces Buck Keller se inclinó y cogióla de un brazo, obligándola a levantarse.

Reedy llegaba en aquel momento allí y quedóse en silencio contemplando la linda presa de su agente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Keller soltando su brazo y guardando el arma al darse cuenta de que ella no iba armada.

Súbitamente la muchacha cubrióse el rostro con ambas manos y rompió a llorar amargamente.

—¡No sé de qué me hablan! ¡No sé nada... nada!

Los dos hombres cambiaron una mirada de extrañeza. Keller cogióla suavemente del brazo y la sacó de allí.

—Vamos.

Condujéronla al pabellón donde esperaba el guarda. Allí Reedy dejó que el haz de su linterna, cayera sobre el rostro del malhechor muerto.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó mirándola fijamente.

—¡Tonny! —chilló la joven, horrorizada por aquella visión.

Y Keller tuvo que sostenerla para evitar que cayera al suelo.

CAPÍTULO II

Por espacio de cinco minutos nadie pronunció una sola palabra. Sentada sobre unas angarillas, la muchacha lloraba en silencio. Algo más apartado, el guardián se había recostado contra el tronco de un árbol en tanto que Reedy y Buck Keller fumaban sendos cigarrillos.

El inspector fue quien primero habló al preguntar a su prisionera.

—¿Cómo se llama usted?

—Dora —sollozó la joven, enjugando con el pañuelo las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¿Dora... y qué más?

—Dora Gleen.

—¿Americana?

Asintió la muchacha con un movimiento de cabeza.

—De Sockville, en Connecticut.

Reedy señaló el cuerpo tendido a poca distancia de allí.

—¿Conocía a ese hombre?

—Era mi novio —afirmó sin volver la cabeza.

—¿Qué hacía en el cementerio?

—No lo sé.

—¿Quiénes eran los otros?

—No los conozco.

—Será mejor que diga la verdad si no quiere salir perjudicada.

—Sólo digo la verdad.

Reedy movió la cabeza y dio unas chupadas al cigarrillo.

—¿Qué estaba haciendo aquí con esa gente?

—No estaba con ellos. Vine sola.

—¿Para qué vino?

Dora permaneció callada. Reedy repitió la pregunta por si no hubiera comprendido, pero enseguida se dio cuenta de que ella no quería hablar.

—¿Cuál es el nombre de ese sujeto?

Nuevo silencio por parte de la joven. Irritado, Reedy lanzó al suelo el cigarrillo y se acercó a ella.

—¿Por qué se empeña en callar? ¿No se da cuenta del lío en que se encuentra metida?

Dora continuó indiferente.

—Antes le llamó Tonny. Eso demuestra que le conoce bien.

—Sólo sé que se llama Tonny.

—¿Y su nombre verdadero?

—No lo sé.

Buck Keller colocóse junto a ella.

—¿Qué vinieron a buscar en ese ataúd? —La interrogó de repente.

—Lo ignoro.

—¿Entonces, cómo explica su presencia en este lugar?

—No sé nada —sollozó—. ¿Es que no quieren creerme?

—¡Hable ya de una vez todo lo que sepa! —exigió el inspector.

—¡Diga lo que han hecho del cadáver del profesor Zabbs! —apremió Keller sin darle tiempo a reflexionar—. ¿Quién lo sacó del ataúd? ¿Cuántos son los complicados en esa tenebrosa organización? ¿Qué se proponen robando cadáveres? ¿Cuál es el nombre de la persona que los dirige?

Dora de nuevo rompió a llorar con fuerza.

—¡No sé nada! ¡No sé nada! —gritó moviendo la cabeza—. ¿Es que quieren volverme loca? ¡Son ustedes mucho más crueles que puedan serlo ellos! ¡No tienen corazón! ¿Es que no sienten compasión de una mujer que sufre un duro golpe?

Los dos hombres cambiaron una expresiva mirada y cesaron en su acoso verbal. Reedy se encaminó a donde estaba el ataúd, y Keller le siguió.

—Los cierres están intactos —observó el inspector—. Posiblemente no les dimos tiempo a abrirlo.

—O, tal vez, ya habían terminado su faena y acababan de echar la llave.

—Sin embargo, no comprendo qué venían a buscar desde el momento que el cuerpo del profesor ya no estaba dentro.

Reedy sacó de su bolsillo la llave que le entregara el coronel y abrió el féretro.

Seguía igual a como lo encontraron por la mañana. Los mismos sacos de tierra rojiza. Posiblemente no habían tenido tiempo de llevar a cabo su propósito.

Lo examinaron minuciosamente. El interior no ofrecía nada de particular, pero al mirar por debajo observó Buck que la base quedaba bastante separada del fondo. Había entre las dos tablas un espacio de unas dos o tres pulgadas, aproximadamente.

—No sé cómo construyen estas cosas —dijo—; pero me parece que hay aquí algo fuera de lo normal.

Tantearon la base y las paredes hasta descubrir que una de las maderas se movía. Haciendo presión hacia un lado deslizóse con alguna dificultad; pero dejando un espacio hueco por el que poder introducir la mano.

—Esto ya es otra cosa —observó Reedy recorriendo la abertura con el haz de luz de su linterna.

A un tiempo agacháronse los dos hombres para examinar el espacio comprendido entre aquel doble fondo. Estaba vacío. Únicamente, hacia la derecha veíase un pequeño papel de forma rectangular.

Buck introdujo la mano y lo examinó.

Tratábase de una etiqueta amarillenta y con una franja de color verde cruzándola diagonalmente. En el anverso llevaba, además, una sencilla inscripción.

«Onzas: 4'5... Uracará:

7-49-6001»

—Eso me hace sospechar que hemos llegado cuando ya habían terminado el trabajo —opinó el agente—. Frascos o cajas conteniendo extrañas mercancías que son introducidas clandestinamente en nuestro país. ¿Qué le parece que podrá ser?

—Cualquiera sabe —repuso Reedy encogiéndose de hombros—. Drogas, piedras preciosas... o, quizás, una terrible sustancia explosiva.

Continuaron rebuscando; pero nada más había allí que les facilitara una pista referente al contenido del doble fondo.

Guardóse Buck el papel y volvió a dejarlo todo como lo hallara. Volvieron junto a la muchacha. Parecía más sosegada y mirábales

con curiosidad no exenta de temor.

—¿Sigue empeñada en callar? —preguntóle Reedy poniendo una mano sobre su cabeza.

Dora miróles suplicante y extendió ambas manos en ademán de ignorancia.

—No sé nada que pueda interesarles. ¿Es que, acaso, no me creen?

—Lo siento, pequeña; pero tendrá que venir con nosotros y será preciso que soporte algunas molestias.

Salieron del cementerio y subieron al coche, regresando directamente a Nueva York. Sin embargo, no habrían recorrido un par de millas, cuando en un cruce de carreteras un vehículo, que surgió de la obscuridad, lanzóse hacia ellos enfocándoles con los potentes faros de que iba provisto.

El conductor realizó un brusco viraje para librarse del deslumbramiento y en aquel preciso momento una ráfaga de ametralladora partió del misterioso vehículo.

Buck, que un segundo antes había sospechado de la maniobra, empujó a Dora obligándola a agacharse. Reedy, asimismo, dióse cuenta a tiempo de que algo anormal sucedía y doblóse sobre sí mismo. Pero el conductor había resultado alcanzado.

El coche, falto de dirección, fue a hundirse en la maleza del bosquecillo cercano. El encontronazo, bastante violento, aumentó la confusión del interior; pero les salvó de una nueva ráfaga de plomo que al huir el coche lanzó aún contra ellos.

Buck fue el primero en incorporarse. Desde la ventanilla trasera miró cómo el automóvil se perdía en la obscuridad. Guardó la pistola que acababa de sacar y se dispuso a atender a sus compañeros.

Reedy estaba algo aturdido por el golpe, mientras que Dora seguía acurrucada en el fondo sin osar moverse lo más mínimo.

—¿Está usted herida? —preguntóle Buck, sin ocultar cierta ansiedad.

—No —balbució muy asustada—. Creo que no.

—¿Y tú, Reedy?

—He recibido un fuerte golpe, pero no tiene importancia. Debieras mirar a ese pobre hombre —añadió señalando hacia el conductor.

Keller inclinóse por encima del respaldo delantero y tiró del inconsciente conductor hasta dejarlo sentado de nuevo. Apeóse del coche y abrió la portezuela delantera.

—Está herido en la cabeza —dijo al poco rato—; pero creo que no será grave.

Entre los dos hombres acomodaron al conductor en el asiento trasero, dejándolo entre Reedy y la muchacha. Buck sentóse al volante y sacó el automóvil de allí reanudando la marcha.

Atravesaron el río y poco después Buck detenía el coche frente al Hospital Federal de Yonkers. Allí dejaron al infortunado conductor, luego de dar cuenta al director del centro de lo ocurrido.

—Por esta noche, Dora —habló Reedy a la joven—, dormiré en un departamento de la Jefatura del

F. B. I.

en South Manhattan. Pero si mañana persiste en su actitud irá a parar a un lugar bastante menos confortable. Creo que merece la pena reflexionar si debe seguir callando o, por el contrario, ayudar a la labor de la policía.

Una vez más la muchacha mantuvo su mutismo. Reedy y Keller la dejaron al cuidado del sargento O'Connor y luego de depositar el coche en el garaje de la Jefatura, tomaron la dirección de sus respectivos domicilios.

Buck Keller metióse en la cama con un suspiro de satisfacción. Deseaba, antes de dormirse, repasar mentalmente los acontecimientos de aquella noche, pero el sueño cortó sus propósitos.

Sin embargo, estaba escrito que no había llegado aún para él la hora del descanso. Le parecía que llevaba sólo unos minutos durmiendo cuando el timbre del teléfono repiqueteó con insistencia. Despabilóse rápidamente y tomó el auricular. Al mismo tiempo miró el pequeño reloj despertador que había sobre la mesilla comprobando que eran ya las dos de la madrugada.

—¡Oye, Buck! —Oyó una voz conocida, llamándolo—. ¡Soy Reedy! ¡Es preciso que vengas inmediatamente!

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió, alarmado.

—¿Tú crees que los muertos pueden volver a la vida?

—No te entiendo, Reedy. ¿Por qué no hablas más claro?

—Se trata del profesor Zabbs. Acaba de reaparecer y en forma

bastante más convincente de lo que nadie podía esperar.

—¿Zabbs? —murmuró, asombrado—. ¿Te refieres al...?

—El mismo, Buck. Si el diablo no anda metido en este lío, yo ya no sé qué pensar de las víctimas que ocasionan nuestros agentes. ¿Vienes ya?

—Ahora mismo salgo para ahí.

Colgó el auricular y se vistió rápidamente. Diez minutos más tarde, marchaba al encuentro del inspector, intrigado por el cariz que acababa de tomar aquel endemoniado asunto.

A la hora en que Reedy y Keller interrogaban a Dora en el cementerio de Englewood, cuatro individuos, aprovechando la obscuridad del callejón contiguo, introducíanse en los jardines que rodeaban el edificio donde se hallaban instaladas las dependencias del Servicio de Experimentación para la Defensa Atlántica.

Una guardia compuesta por siete soldados vigilando los accesos al inmueble era la prueba más significativa de la importancia que tenía. En efecto, el salón de conferencias, lugar de reunión de los jefes de las diversas armas encargados de organizar la defensa atlántica contra una posible agresión extranjera, estaba provisto de grandes cajas fuertes en las que se custodiaban los planos de fortificaciones secretas, los dispositivos para lograr una mayor eficiencia en el empleo de las fuerzas asignadas y, lo que era ignorado por muchos, los diseños de terribles armas y explosivos luego de haber sido experimentados en los desiertos de Arizona y Nevada.

Las cuatro personas, luego de haber escalado el alto muro valiéndose de ligeras escalerillas de cuerda provistas de ganchos de fijación, sumergiéronse en la obscuridad de los jardines. Ni el más leve rumor delataba su paso; pero un observador atento, de haberlo habido en aquel lugar, hubiera distinguido cuatro sombras deslizándose por los lugares más intrincados del parque en dirección del edificio cuya masa sombría destacaba sobre el luminoso firmamento.

Al llegar a una docena de yardas de la escalerilla lateral, las cuatro sombras interrumpieron su avance.

La silueta de uno de los centinelas movíase a intervalos regulares entre los dos parterres que jalonaban la escalera. Sus pisadas resonaban firmes y rítmicas sobre el enarenado paseo.

Uno de los cuatro individuos adelantóse al amparo de un arbusto de espeso follaje. Allí se puso en pie. Durante unos minutos quedó inmóvil contemplando la figura del desprevenido guardián. Luego se escuchó un leve chasquido parecido al que produciría una ramita seca al partirse y, simultáneamente, un ligero silbido de tono grave.

El soldado había interrumpido su paseo y quedado de rodillas sobre la arena. Movi6 una mano en direcci6n de la garganta, pero no lleg6 a tocarla, Como si la vida le abandonara repentinamente cay6 hacia delante y qued6 inm6vil.

Transcurrieron unos minutos m6s antes de que ninguno de los cuatro desconocidos iniciara el menor movimiento. El que iba delante y que hab6a sido quien disparara el arma silenciosa, fue qui6n se acerc6 a su v6ctima. La examin6 por breves instantes y dio la se6al para que los otros se le acercaran.

—Tú, Bill, quedarás aqu6 —habló en voz baja, dirigiéndose al m6s joven de sus tres acompa6antes—. Vigilarás esta entrada y en caso de peligro, ya sabes la se6al convenida.

El aludido hizo un gesto de asentimiento. Ayudado por uno de sus compinches, levant6 el cuerpo del centinela y lo fue a ocultar entre unos arbustos.

Empu6ando sendas pistolas los otros tres asaltantes subieron la escalera. Un largo corredor, sumido en la penumbra, conduc6a hasta una especie de vest6bulo iluminado. Antes de llegar al mismo hab6a una escalera que conduc6a al piso superior y fue por all6 por donde desaparecieron los nocturnos visitantes.

Era evidente que el hombre que los guiaba conoc6a a la perfecci6n el terreno que pisaba. Sin detenerse en el primer piso tomaron una segunda escalera. Al final detuvi6ronse a escuchar.

Alguien acababa de cerrar una puerta. El eco repercut6a a6n en el silencio de salas y corredores.

—Queda a6n alguien por aqu6 —habló el cabecilla de la pequena expedici6n—. Seguramente ser6 el sargento Thompson. Ten6a esa costumbre todas las noches antes de retirarse a descansar.

—Podemos quitarlo de en medio limpiamente, como has hecho con el centinela, abajo —insinu6 el que estaba m6s cerca.

—No. Es preferible evitar todo alboroto. S6lo en caso necesario...

Dejó la frase sin terminar. Una sombra cruzaba por la sala del fondo entrando en una habitación contigua.

—¡Vamos! No podemos perder tiempo —ordenó.

Encamináronse hacia la otra extremidad del pasillo. La puerta abierta, permitíales divisar la sala desierta. Cruzaron decididos, apagados sus pasos por las alfombras que cubrían el suelo.

Ante una puerta de severas líneas se detuvieron. El hombre que marchaba delante sacó una llave y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió y los tres hombres no tardaron en desaparecer a su través.

Una vez dentro volvieron a cerrarla, aunque sin echar el cierre.

Se encontraban en una sala de pequeñas dimensiones. Oscuros cortinajes que bajaban desde el techo cubrían todas sus paredes. Al separar uno de ellos quedó al descubierto el frente de una caja fuerte empotrada en el muro.

—Vigila la puerta, Dick —ordenó el individuo que dirigía la operación—. Tú, Red, ponte a mi lado y sostén la linterna para que pueda ver bien los papeles.

Los dos secuaces obedecieron. Entonces aquel hombre sacó otra llave y la introdujo en la cerradura de la caja. Giró los indicadores de la combinación, luego aguardó unos segundos hasta escuchar un imperceptible chasquido y dio vuelta a la llave.

La caja se abrió, mostrando una serie de departamentos a modo de cajones de una estantería.

Con asombrosa habilidad, reveladora de un profundo conocimiento de los compartimientos, comenzó a sacar pliegos, apartando algunos y volviendo a dejar los otros donde estaban.

De pronto se interrumpió en su labor. Unos golpes suaves acababan de escucharse en la puerta. Los dos hombres que le acompañaban quedáronse mirando, en muda interrogación; pero con un gesto les ordenó permanecer quietos.

—¿Está ahí dentro, coronel Grayson? —preguntó una voz desde el otro lado.

—Puede entrar, Thompson —respondió aquel sujeto, imperturbable.

Abrióse la puerta y en el hueco recortóse la figura de un sargento de elevada estatura vistiendo el uniforme de las Fuerzas Aéreas.

—¡No se mueva, Thompson! —Conminóle apuntándole con la pistola que empuñaba su diestra.

Thompson quedóse rígido por la sorpresa. En sus facciones reflejóse el más vivo estupor.

—¡Profesor...!

De la boca del cañón brotó una tenue humareda y el extraño silbido surcó la sala. En el mismo umbral doblóse Thompson y cayó al suelo.

—¡Vamos, pronto! —apremió el jefe a sus secuaces—. ¡Salgamos antes de que comiencen a sospechar lo que ocurre!

Guardó los pliegos que separara en una cartera de mano y dirigióse al pasillo saltando por encima del cuerpo inanimado del sargento Thompson.

No obstante, no encontraron a nadie por los corredores y pudieron ganar de nuevo la salida sin el menor contratiempo.

El que allí quedara vigilando salió de la sombra al verlos reaparecer.

—¿Fue todo bien? —preguntó en tono jovial.

—¡No hagas preguntas estúpidas! —replicó el jefe de la partida con marcada acritud.

Deslizáronse por las sombras del parque, aunque sin adoptar las precauciones de la llegada.

Las mismas escalerillas de cuerda sirviéronles para sortear el obstáculo del muro.

Al otro lado, y amparándose en las sombras del callejón, había un automóvil. No bien el último de los cuatro hombres pisó el suelo de la calle, el motor del coche se puso en marcha.

Al volante, una mujer aguardaba a los asaltantes. Era joven, y sus facciones no estaban exentas de cierta belleza, aunque tenían un aire diabólico acentuado aún más por la penumbra del interior.

—¿Advertiste algo anormal? —preguntóle el hombre de la cartera.

—Nadie se ha dejado ver en todo el tiempo —repuso con voz melosa.

Sin otro comentario, el vehículo arrancó, perdiéndose en la bocacalle próxima.

Mientras tanto, en el despacho del piso superior, el sargento Thompson parecía haber recobrado el conocimiento, y con gran

esfuerzo arrastrábase hacia la mesa que había en el centro. Al fin llegó a ella, tanteó afanosamente hasta hallar el botón de un timbre que pulsó repetidas veces.

No tardó en oír pasos precipitados que subían la escalera. Poco después entraban en el despacho varios hombres uniformados, entre ellos un oficial de aviación.

—¡Thompson! —exclamó éste al descubrir a su subordinado—. ¿Qué ha ocurrido?

Corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Eran tres hombres... —habló fatigosamente el herido—. Habían abierto la caja y rebuscaban entre los papeles. Al entrar dispararon con un arma silenciosa; pero tuve tiempo... de reconocerlo. Era... el profesor Zabbs.

—¿El profesor Zabs? —exclamó el oficial, incrédulo—. ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Lo reconocí enseguida. Lo mismo que él... pues me llamó por mi nombre.

—¡No es posible!

—No podía ser... otra persona.

El teniente dio una orden, y tres de los soldados cogieron el cuerpo de Thompson llevandoselo de allí. Seguidamente acercóse al teléfono y marcó un número. Pocos segundos después obtenía comunicación.

—¿Coronel Brewster? —preguntó.

—Yo soy —contestaron—. ¿Quién llama?

—El teniente Conway, señor. El profesor Zabbs con otros tres hombres, acaban de robar la caja fuerte del despacho del ala oeste.

CAPÍTULO III

El coche conducido por Reedy se detuvo con excesiva brusquedad ante el edificio donde poco antes habían sido robados importantes documentos de gran valor estratégico y bélico para la defensa de los Estados Unidos. Buck Keller, sorprendido por la impetuosa parada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar con la cabeza en el cristal del parabrisas.

—¿Es que te has propuesto terminar conmigo antes de aclarar el enigma del profesor Zabbs? —Reaccionó sorprendido por la maniobra de su compañero.

—Creo que yo no soy dueño de mí —justificóse Reedy, moviendo la cabeza—. Ese demonio de profesor terminará por volverme loco si transcurre mucho tiempo sin poder aclarar el misterio de su desaparición.

El coronel Brewster se hallaba en el vestíbulo cuando les fue franqueado el paso.

—¿No se tratará de una broma de alguno de sus hombres, coronel? —preguntó el inspector apenas cambiaron el primer saludo.

—Tratándose de Thompson no cabe admitir ninguna broma —replicó muy serio—. Él conoce perfectamente al profesor Zabbs por haber trabajado mucho tiempo a su servicio. A la sorpresa que le produjo verlo de nuevo aquí se ha debido la agresión que ha estado a punto de terminar con él.

—¿Dónde está ese Thompson, coronel? —preguntó Buck.

—Hace unos minutos que ha sido trasladado al Hospital de las Fuerzas Aéreas en High Field. Su estado es grave, aunque se confía en que podrá salvársele. De todos modos, pudo declarar antes de perder el conocimiento. El teniente Conway les facilitará cuanto necesiten.

Durante los quince minutos siguientes, el propio coronel

Brewster y el teniente Conway les facilitaron una información detallada de los hechos. Inspeccionaron detenidamente el lugar de la agresión contra el sargento Thompson, así como la caja robada. Luego bajaron al jardín donde había sido hallado el cadáver del centinela. Provistos de potentes linternas examinaron las huellas dejadas por los asaltantes en el camino desde el callejón exterior hasta la escalera de acceso.

—¿De modo que, según usted, coronel Brewster, puede admitirse al pie de la letra la declaración de Thompson de que el profesor Zabbs no ha muerto? —preguntó Reedy cuando ya se disponían a abandonar el edificio.

—Sin la menor reserva —afirmó seguro—. Thompson conservaba la lucidez de sus sentidos y no es persona que se deje influir por apariencias. Si él asegura que se trataba de Zabbs, es que el propio Zabbs estuvo esta noche aquí. ¿No existe, además, el precedente de haber desaparecido del ataúd que lo trajo de Puerto Rico?

—Es una razón de peso, aunque no definitiva.

—Tenga en cuenta, también, que nadie como él conocía la situación de estas dependencias. Tiene en su poder duplicados de las llaves y conoce la combinación que abre la caja donde se guardan los más importantes documentos.

—¿Tiene idea de lo que se ha llevado de aquí?

Brewster movió la cabeza, negando.

—No podremos saberlo hasta la reunión que dentro de unas horas celebraremos los miembros del Consejo para la Defensa Atlántica. Sin embargo, es de temer que haya sucedido lo peor que podía acontecer. Zabbs estaba al corriente de muchos de los secretos militares; pero le faltaban importantes elementos complementarios sin los que de nada le habrían servido aquéllos.

—En este caso cabe admitir la posibilidad de que su vuelta a los Estados Unidos ha sido motivada por la necesidad de hacerse con esos elementos indispensables.

—Es lo más razonable.

—Siendo así, ¿qué fue lo que hizo Mercey?; ¿cómo se las arregló Zabbs para volar convertido en un cadáver y por qué han necesitado dos noches para dejar terminado el trabajo en el cementerio de Englewood?

—¿Dos noches? —preguntó Brewster, extrañado.

—También esta noche estuvieron allí los hombres de su pandilla —explicó Reedy—. Sorprendimos a tres de ellos en el momento que operaban en el ataúd. Uno fue muerto al atacarnos, en tanto que los demás conseguían huir. ¿No cree que todo esto es para volver loco al más templado?

—Posiblemente volverían en busca de algo que habrían olvidado. Lo más probable es que sacaran al profesor en estado cataléptico o algo parecido. Más tarde les hablaría de algo que había traído en el ataúd y ordenaría que fueran en su busca.

Reedy y Keller despidiéronse del coronel y marcharon a la Jefatura. Tal vez logran que Dora se mostrara más expresiva y les facilitara alguna indicación relacionada con el paradero del misterioso profesor.

Pero antes de ver a la joven ya uno de los guardianes les dio cuenta de un hecho acaecido a poco de haber ellos dejado a Dora en aquella dependencia.

—No sé por qué —dijo aquel hombre— me dio por vigilar a la chica. La vi sacar un cigarrillo y encenderlo tranquilamente. Entonces, antes de que el fósforo se apagara, sacó de entre las ropas un papel y le aplicó la llama. Irrumpí en la celda y conseguí arrebatárselo antes de que se consumiera. No es mucho lo salvado, pero tal vez pudiera serles de alguna utilidad.

Y sacó del bolsillo un trozo de papel chamuscado en el que por un lado podían leerse algunas palabras:

«preciso... puntual a fin... cementerio... esperarán a las once... Bahía», 145, Houston Street... estos dólares cada...

»Raúl».

Reedy lo pasó a Buck para que pudiera leerlo.

—Podrá sernos de bastante utilidad —fue el comentario que obtuvo del muchacho.

Se encaminaron a la celda donde Dora se hallaba entregada al sueño.

Al ruido que produjo el cerrojo al descorrerse, la muchacha abrió los ojos y se incorporó rápidamente. Al darse cuenta de quienes eran sus visitantes, pareció recobrar la tranquilidad.

—No parecían ser muy agradables sus sueños, Dora —observó Buck en tono burlón—. Casi diría que nuestra llegada le ha causado algún alivio.

—¿Es que aquí no dejan dormir a los desgraciados que caen en sus manos? —replicó ella con acento retador.

—Ya sé que no es hora de interrogatorios —terció Reedy—; pero es preciso que nos diga de una vez todo lo que sabe de esa banda que capitanea el profesor Zabbs. Y le prevengo que si continúa en su obstinada actitud, va a tener serios disgustos.

—¿Por qué cree que yo he de saber eso que le interesa?

—Usted estaba en el cementerio en unión de tres componentes de la pandilla. Por otra parte, esta misma noche ha intentado destruir un papel que, sin duda alguna, resultaba una prueba de su complicidad.

Los dos hombres la vieron palidecer y morderse los labios para ocultar el nervosismo de que estaba poseída.

—Era un papel sin importancia... Por eso quiso quemarlo.

—Tal vez le convenga saber que hace pocas horas el profesor Zabbs y sus compinches han asaltado una dependencia oficial, robando importantes documentos y causando la muerte de un centinela, además de herir gravemente a un sargento de las Fuerzas Aéreas. Supongo se dará cuenta de la gravedad de los hechos. Usted misma sale con ello notablemente perjudicada al convertirse en cómplice de unos asesinos que maquinan contra la seguridad de nuestra nación.

Ahora Dora llevóse una mano al cuello y pareció quedar sin habla.

—No sé nada de lo que usted pretende averiguar... —balbució aterrada—. Nunca se me hubiera ocurrido relacionarme con malhechores de esa clase.

—Es posible que usted lo ignore y esté ayudando a unos desalmados. Demuestre que es sincera y explique todo lo que sepa de esa criminal organización que intenta llevar a cabo unos planes monstruosos.

—¡Le digo la verdad y no me cree! —gritó con un gesto de desesperación—. ¿Es que será preciso que mienta para conseguir que cese de torturarme con sus estúpidas insinuaciones?

Dejóse caer de bruces sobre el camastro, estremecido el cuerpo

por violentos sollozos.

Más compasivo que su superior, Buck Keller sentóse a su lado y colocó una mano sobre su hombro.

—Procure sosegar, Dora, y considerar las cosas con más tranquilidad. ¿Es que no se da cuenta de la situación en que se ha metido?

Ella continuó sin hacerle caso.

—Aclare, al menos, el significado de esta nota que intentaba destruir —insistió Keller—. Alguna de las palabras es bastante comprometedor. Piense, también, que hay unas señas donde no nos será difícil investigar algo de usted. En caso de que así sea, no habrá fuerza humana que la libre de un destino bastante más ingrato de lo que ahora puede imaginar.

Aguardaron unos segundos por si Dora cambiaba de actitud; pero al observar que seguía echada de bruces, sin levantar la cabeza, salieron de la celda.

—Tengo la impresión de que la chica no sabe nada de todo este enredo —opinó Buck Keller apenas pisaron de nuevo, la calle.

—¿Quieres decir que es ajena a la pandilla de Zabbs?

—De eso ya pocas dudas me caben.

Reedy movió la cabeza, dudando, y sonrió escéptico.

—Todavía no conoces bien a las mujeres, Buck. Un hombre resistirá todas las presiones y se reirá de las amenazas que se le hagan; pero una mujer adoptará otra postura muy diferente. Le bastará fingir que no sabe nada hasta convencer a todo el mundo de su falsa inocencia. En esto hay que reconocer que representan su papel a las mil maravillas.

Buck se encogió de hombros y miró hacia lo alto donde las nubes comenzaban a reflejar las primeras luces del alba.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que esta vez te equivocas lamentablemente. ¿A dónde quieres que vayamos ahora a meter las narices?

—Lo mejor será meterlas bajo las sábanas —sonrió Reedy dejando escapar un largo bostezo—. Tengo la impresión de que mañana nos aguarda mucho trabajo.

El inspector acompañó a su ayudante hasta su domicilio. Allí lo despidió, continuando su camino. Sin embargo, el recuerdo de lo sucedido aquella noche le tenía enteramente desvelado.

Ya en la cama descolgó el auricular y llamó a Buck.

—¡Oye, Buck! Espero que no te habrías dormido.

—¿Es que ha ocurrido algo nuevo? —contestó la voz soñolienta del joven.

—No, desde luego que no. Pero quería decirle que voy creyendo que la chica no es tan culpable como supusimos en un principio.

—Eso ya lo adiviné hace mucho tiempo. ¿Y sólo para eso me has despertado?

—Creí que lo agradecerías.

—Ahora voy creyendo que te vuelves viejo —replicó la voz malhumorada del muchacho.

Y Reedy ya no pudo continuar porque advirtió que Buck había cortado la comunicación.

A primeras horas de la mañana habíanse ya cursado las necesarias órdenes a los puntos fronterizos, así como a las autoridades de los puertos y aeródromos, a fin de impedir la salida del territorio de la Unión al peligroso profesor Carl Zabbs.

No obstante, la policía federal y las altas autoridades tenían la convicción de que Zabbs no abrigaba, por el momento, la intención de abandonar los Estados Unidos. Era indudable que su misión al frente de una poderosa organización internacional no había cumplido aún todos los fines que se le habían encomendado.

Aquella mañana, por una solitaria carretera que bordeaba la costa en el sur de Long Island, un automóvil avanzaba a poca velocidad. De vez en cuando, al llegar a un cruce, el conductor detenía el vehículo y desdoblaba una especie de plano. Durante unos segundos lo estudiaba atentamente, tras lo cual proseguía su marcha.

El terreno que atravesaba era una marisma, cubierta de escasa vegetación. Hacia la izquierda comenzaba una zona pantanosa que terminaba a cosa de media milla en una elevación del terreno cubierta de espeso arbolado.

Aquella parte estaba poco poblada. Su escasa salubridad no la hacía apropiada para establecerse en ella, y sólo alguna humilde construcción rompía de vez en cuando la monotonía del paisaje.

Al fin el conductor del coche torció por un camino en bastante mal estado que atravesaba el bosque. Unas dos millas más allá de la bifurcación descubrió una casa de construcción antigua. Constaba

de planta y un piso y estaba rodeada de un jardín cercado a su vez por un muro de bastante altura. La edificación se hallaba situada a poca distancia del mar, que llegaba a unas cincuenta yardas de la entrada gracias a una profunda caleta que se abría entre dos rocosos promontorios.

El automóvil avanzó hasta detenerse frente a la puerta que daba acceso a la casa. El ocupante del mismo apeóse, indeciso, y contempló atentamente el lugar antes de decidirse a llamar.

Tratábase de un hombre de unos cuarenta años. Vestía traje gris y se cubría con sombrero flexible del mismo color. Parecía vacilante y cualquier observador normal se hubiera dado cuenta de que temía ser visto por alguien que estuviera apostado por aquellos contornos. En efecto, miraba continuamente hacia atrás, posiblemente para cerciorarse de que nadie le había seguido.

Al transcurrir algún tiempo sin que respondieran a su llamada volvió a golpear la puerta, esta vez con más decisión que la anterior.

Apenas acababa de hacerlo cuando el portón se abrió dejando ver un ser extraño y deforme que le miraba con una sonrisa imbécil a causa del labio inferior que le colgaba de un modo excesivo.

—¿Es ésta la casa del profesor...? —preguntó, recelando, sin apartar la mirada del hombre que acudiera, a su llamada y dejando la frase sin concluir.

El hombre hizo un gesto significativo, ladeando la cabeza, invitándole a entrar. Sin embargo, el recién llegado no pareció darse por satisfecho.

—He preguntado por el profesor —repitió ahora con energía.

Igual respuesta por parte del portero. Entonces el viajero miró a través de la puerta abierta en dirección de la casa, y lo que vio pareció decidirle a entrar.

Un hombre vistiendo traje oscuro le observaba desde la puerta de la casa. En silencio contemplaba la anterior escena entre su visitante y el guardián de la misma.

El portero cerró la puerta, echó la cadena de seguridad y siguió desde alguna distancia al hombre a quién acababa de franquear el paso. Su andar tenía más de simio que de ser humano. La estúpida sonrisa no se había borrado aún de sus facciones; sus ojillos menudos e inquietos estudiaban al forastero con una atención

impropia de quién era empleado en tal ocupación.

El hombre que aguardaba a la puerta sonrió fríamente al recién llegado. Era de facciones enjutas, cabello ligeramente agrisado y ojos negros reveladores de una extraordinaria firmeza de carácter.

—¿Cómo va eso, Mercey? —saludóle tendiéndole la diestra en un gesto que intentaba ser cordial.

—Por un momento creí que el plano que me entregó no respondía a la realidad —respondió el aludido—. Esto parece ser un lugar tranquilo y acogedor.

—Celebro que le guste el sitio. No hay tanto ruido como en el cementerio de Englewood y, además, nadie ha de venir a importunarnos.

El profesor Carl Zabbs, el hombre que ocupaba aquella retirada construcción, cogió a Mercey del brazo y lo acompañó hasta una habitación del interior. Allí había cuatro personas dedicadas a los más diversos quehaceres. Los dos hombres de más edad hallábanse enfrascados en una partida de naipes en tanto que el tercero aplicábase con singular esmero, en la limpieza de una extraña pistola provista de un grueso cañón que ensanchábase en la boca. El otro ocupante era una mujer. Sentada en uno de los butacones entreteníase en dar cuenta de un plato de pasteles que había colocado en una mesita al alcance de la mano.

—Éste es Mercey, muchachos —hizo el profesor la presentación—. El hombre que ha conseguido burlar a los mejores sabuesos de América al introducirme de nuevo en este país ante las mismas narices de quienes habían ordenado mi captura y mi muerte.

Los cuatro pares de ojos volviéronse hacia Mercey. Rex y Dick, que eran los que jugaban lo contemplaron con cierta admiración. Bill dejó por unos instantes de limpiar el arma para examinar a su visitante como el que estudia un raro ejemplar tras las rejas de un parque de fieras. Por su parte, Ruby dejó de mascar el pastel que tenía en la boca y obsequióle con una estudiada sonrisa.

Mercey recorrió aquella reunión con sus ojos grises y fríos. Luego volvióse para mirar al hombre que le abriera la puerta.

—¿Quién es ése? —preguntó a Zabbs.

El profesor sonrió con aire indulgente.

—Aunque no lo parezca es el más fiel y seguro de todos. El viejo Elías, panameño de pura sangre. No habla ni oye nada; sólo le falta

quedar ciego para ser un auxiliar perfecto.

Las palabras y la sonrisa de Zabbs tranquilizaron a Mercey. Dejó la cartera de mano sobre la mesa y miró al exterior, a través de la ventana, hacia las colinas por las que descendía la carretera seguida para llegar hasta allí.

—Debió darse cuenta de mi llegada —dijo sin volverse.

—Sí; ésta es una de las buenas cualidades de la casa. Una situación excelente que nos hace sentirnos al abrigo de cualquier contingencia.

La muchacha se había levantado y dirigíase a Mercey.

—Me llamo Ruby —habló tendiéndole la mano—. Es una extraña sensación trabar amistad con un policía. ¿No lo cree así?

—Mercey ya no es policía —intervino el profesor—. Para un hombre de su inteligencia no dejaba de resultar incongruente estar ligado a unos deberes que ahogaban su emancipación. ¿Qué mejor perspectiva que unas semanas de trabajo bien protegido para terminar con una buena cuenta corriente en cualquier pacífica república del sur, viviendo una vida de honrado hombre de negocios?

Dick y Red parecían haberse percatado de que ya era un personaje inofensivo y se habían levantado, asimismo, para examinarlo de más cerca.

—¿Cómo se las arregló para despachar al profesor y enviarlo hasta aquí sin que nadie sospechara? —preguntó Red escupiendo una bola de goma que había estado mascando.

Mercey miró al profesor y éste asintió con la cabeza.

—Puedes contarle, Mercey —le dijo—. Siempre les servirá para aprender cosas nuevas.

—No tuvo importancia —habló el policía—. El mismo doctor Gálvez a quién sobornamos nos dio la solución. Él mismo certificó la muerte y fue quien me facilitó las dosis necesarias de droga.

—¿Una droga?

—La «huaracamina» es un alcaloide que se extrae del huaracá, una planta de flores parduzcas que crece en las selvas venezolanas. Un miligramo de sustancia es suficiente para producir un estado cataléptico muy semejante a la muerte. Es algo así como una muerte aparente. Los latidos del corazón y los movimientos respiratorios se reducen a lo mínimo y sólo una inspección

minuciosa puede revelar que el organismo sigue viviendo.

—¿Y duran mucho los efectos de la droga? —inquirió Red.

—Varían entre diez y quince horas. A las tres horas de estar en el cementerio de Englewood fue cuando el profesor volvió a dar señales de vida. Lo que significa que un retraso de ese tiempo en el vuelo desde Puerto Rico pudo ser fatal para todos.

El profesor Zabbs cogió a Mercey de un brazo y se lo llevó a una habitación del piso superior.

—¿Has hecho tal como te dije? —le preguntó allí.

—Sí. Todo habrá dado la impresión de que han entrado en el piso y que ha habido lucha. Las hipótesis serán para todos los gustos.

—Bien. En adelante ésta será tu casa. Es un lugar apartado y tranquilo donde nadie vendrá a meter las narices. Con un poco de suerte, en ocho o diez días habremos terminado con nuestro trabajo.

—¿Mi habitación? —preguntó Mercey mirando atentamente el lugar donde se encontraban.

—Es una de las mejores de la casa, aunque tú bien lo mereces. En el armario encontrarás la ropa necesaria.

—¿Qué clase de ropa?

—Es preciso que te quites la que llevas puesta. La necesito para desorientar a quienes anden buscándote.

Mercey se abstuvo de seguir preguntando. El profesor salió de la habitación y entonces procedió a cambiar sus vestidos.

Cuando bajó al saloncito halló a Zabbs y sus cuatro secuaces sentados a la mesa.

Durante el almuerzo hablaron de cuestiones ajenas en absoluto a las que motivaron la asociación de los componentes de la organización; pero no bien hubieron concluido, Zabbs llamó a Bill y le dio la orden de sacar el coche del garaje.

—Vas a ir al callejón donde anoche estuvo Buby aguardando. Una vez en él, y sin detener el coche, arrojarás un paquete al otro lado del muro. Luego procurarás dar un rodeo para despistar a cualquier posible testigo y regresarás dando la vuelta por Sayville.

—¿Qué habrá en el paquete? —inquirió Bill.

Zabbs hizo un gesto despectivo.

—Poca cosa. La chaqueta de Mercey envuelta en papel. Será

necesario que quede en alguno de los bolsillos cualquier documento acreditando que pertenece a Mercey. Algunas manchas de sangre y unos deterioros serán suficientes para dar que pensar a los del F. B. I.

¿Tienes pensado algo mejor? —añadió dirigiéndose al policía.

—No —negó Mercey—. Me parece bien la idea.

Zabbs salió un momento y regresó llevando un botiquín. Sacó alcohol, algodón y una jeringuilla hipodérmica.

—Es preciso que sea tu misma sangre —explicó mientras ataba una tira de goma en el brazo izquierdo de Mercey—. Posiblemente será analizada comparando el resultado con el obtenido para tu ficha médica.

Mercey guardó silencio y dejóse extraer una pequeña cantidad de sangre. Con ella mancharon la chaqueta que se había quitado. Previamente fue rasgada en la espalda y un brazo y manchada de tierra a fin de simular los efectos de una lucha.

Envuelta la prenda en un papel fue depositada por Bill en el coche que había sacado del garaje.

—Si crees que existe algún peligro, aguarda a que anochezca. Vale la pena esperar un poco más y evitar así que te vean.

Bill asintió y salió de la casa. Unos minutos después vieron el coche ascender por la carretera y perderse al otro lado de la colina en dirección del conglomerado urbano de Queens.

CAPÍTULO IV

Seis calles figuraban con el nombre de Houston en el conglomerado formado por Nueva York y sus agrupaciones suburbanas. Unas cuantas llamadas telefónicas, y en pocos minutos averiguó Buck Keller cuál de ellas era la que les interesaba.

En el distrito de Bronx, a poca distancia de Westchester Avenue, el número 145 de Houston Street correspondía a un establecimiento con dos puertas giratorias sobre el cual campeaba el título de «La Bahía».

Podía calificársele de club nocturno, y por la clase de gente que lo frecuentaba no era difícil adivinar que entre sus paredes planeábase toda clase de negocios de muy dudosa o escasa moralidad.

Desde un automóvil parado a poca distancia de la entrada, el inspector Reedy y Buck Keller observaban a los que entraban y salían del local.

—Será mejor que entres tú solo, Buck —hablaba Reedy—. Yo ya voy siendo demasiado conocido y lo único que conseguiría sería espantar la caza.

—¿No será que te traes entre manos alguna de las tuyas?

—¿A qué viene esa desconfianza, Buck? —Gruñó revolviéndose en su asiento.

—Voy acostumbrándome a que me des un hueso para roer mientras tú vas en busca de las mejores tajadas.

Reedy frotóse las uñas con el borde de la manga y quedóse unos segundos contemplándolas como admirando su brillo.

Buck Keller apeóse del coche y se dispuso a cruzar la calle para entrar en «La Bahía».

—¡Oye, Buck! —advirtióle aún el inspector—. No vayas deprisa. Estaré aquí todo el tiempo que haga falta. Si es preciso, incluso, recuperaré una parte del sueño perdido.

Buck entró en el establecimiento y ocupó un puesto que le pareció propicio para la observación. Quedaba bastante apartado de la pista donde se hallaban la mayoría de los concurrentes disfrutando de una exhibición de bailes acrobáticos a cargo de una pareja de sudamericanos.

No llevaría diez minutos allí cuando en una mesa contigua tomó asiento un joven de unos veinte años. La palidez de sus facciones destacaba en el rostro desencajado y hosco. Miró por unos instantes a Buck, pero desentendióse de su presencia.

De reojo lo examinó Keller. Su aspecto era el de un estudiante al que una intensa, depresión habíale empujado hasta allí. Estaba nervioso, y repetidamente consultaba su reloj.

De pronto vio Buck levantarse de su asiento y dirigirse como una flecha hacia un individuo que acababa de entrar. Era un hombre de mediana edad, alto y de cabello muy negro. Su rostro moreno le daba el aspecto de ser oriundo de alguno de los pequeños estados antillanos.

El joven llegó a su lado y cogióse con fuerza de su brazo. Con un movimiento brusco el otro lo rechazó inmediatamente y trató de cruzar aquella parte del local, quedando a poca distancia de la mesa ocupada por el agente.

—¡Tiene que ayudarme, doctor! —Casi suplicó el muchacho de facciones enjutas—. ¡Creo que voy a volverme loco! ¡Le pagaré pronto todo lo que...!

El recién llegado cogióle de una mano y la apretó con fuerza, imponiéndole silencio con un gesto que no pasó desapercibido de Buck.

—¡Vuelve a tu casa! —le ordenó—. ¡Pronto!

Por un momento creyó Keller que el estudiante iba a obedecer; pero haciendo gala de nuevos bríos dio un salto y se interpuso en el camino de aquel hombre.

—¡No me iré! ¡No me iré hasta que me dé...!

De un fuerte bofetón el individuo aquel le hizo tambalearse y retroceder. Entonces, el estudiante, ciego de ira, le arrebató la cartera de mano que llevaba y la abrió de un violento tirón.



De un fuerte bofetón le hizo tambalearse y retroceder.

Algunos papeles cayeron al suelo y, entre ellos, dos frasquitos de aluminio. El estudiante intentó cogerlos, pero anticipóse el hombre empujándolo a un lado en tanto de sus labios escapaba una fuerte imprecación.

Buck se levantó y se acercó a los dos hombres.

—¿Por qué disputan en un lugar concurrido como éste?

El de la cartera terminaba de recoger su contenido y no parecía muy dispuesto a seguir la discusión. Miró a Keller con cierta desconfianza y se encaminó a una puertecilla que había en el fondo del salón. Allí se volvió y quedóse observando a los dos jóvenes.

—Tal vez pueda ayudarle —ofrecióse solícito al muchacho que temblaba como un colegial—. Parece usted enfermo.

Miróle asustado, pero no despegó los labios. Evidentemente la presencia del hombre de la cartera de piel manteníale cohibido.

—¿Qué te ocurre, Robert? —preguntó una voz suave a espaldas de los dos.

Volvióse Buck y vio que se trataba de una mujer de larga y rizada cabellera, rubia. Un cigarrillo humeaba, en sus dedos y con él parecía apuntar al hombre que se encontraba en la puerta lateral de la sala.

—¿Quién es usted? —preguntó Buck Keller mirándola con curiosidad.

Ella parecía ahora reparar en su presencia. Dirigióle una escrutadora mirada y terminó por lanzar una larga bocanada de humo que llegó hasta Keller.

—Soy Mary Linn. Aquí todo el mundo me conoce —sonrió con un gesto provocativo—. Todo lo contrario que a ti.

—Cierto —asintió Keller—. Es la primera vez que pongo los pies en este lugar.

—¿Casualidad?

—Probablemente. ¿Conoce, acaso, a ese joven?

Y señaló al muchacho que cerca de ellos permanecía con la cabeza inclinada, como avergonzado de su anterior actitud.

—¿Robert? Sí; es un buen amigo mío. Un poco nervioso e impulsivo, pero en el fondo un buen muchacho. ¿Por qué no vuelves a tu casa, Robert? —añadió dirigiéndose al joven.

Vio cómo pasaba una mano por su cabello y se alejaba hacia la salida.

—Parece que le obedece —observó Buck, no sin cierta ironía.

—No es él sólo quien lo hace.

Keller miró hacia la puerta, advirtiendo que el extraño personaje de la cartera de mano había ya desaparecido. Su mirada desvióse hasta el lugar donde habíasele vaciado el contenido de la misma.

Entonces se dio cuenta de que debajo de una de las sillas había quedado un pequeño papel rectangular.

—Bien, señorita Linn —dijo para terminar aquella situación—. Voy a regresar a mi mesa. Celebro haberla conocido.

Inclinóse ligeramente y regresó al sitio que había dejado. Al pasar junto a la mesa inmediata se inclinó para recoger el papel que acababa de descubrir. Lo retuvo en la mano sin mirarlo y continuó su camino.

Ya en su asiento se dio cuenta de que la mujer se alejaba hacia el centro de la sala. En una ocasión volvió la cabeza para mirarle, pero al darse cuenta de que la estaba observando desvióla en el acto.

Puso el papel sobre la mesa. Tratábase de una especie de etiqueta. Habríase despegado, indudablemente, por la mala calidad de la goma. Le dio la vuelta, y no bien lo hizo cuando su corazón dio un brinco en su pecho.

¡La etiqueta era idéntica a la encontrada en el doble fondo del ataúd que sirviera para transportar al profesor Zabbs! Las indicaciones e, incluso, la procedencia eran las mismas.

Se puso en pie de un salto y se dirigió a la calle. En cuatro zancadas plantóse junto al coche donde aguardaba Reedy.

—¿Viste salir hace un par de minutos a un joven vistiendo gabardina y que se encorvaba ligeramente al andar?

—Sí —repuso el inspector—. Ha cruzado la calle y se ha metido por ahí.

Y señaló una bocacalle contigua al lugar donde se hallaban.

—Es preciso que lo sigas —apremióle—. Es uno de los cabos que pueden facilitarnos una buena pista.

Sin aguardar la conformidad de Reedy regresó a «La Bahía». Dejó sobre la mesa un billete y encaminóse hacia la escalera por la que había visto desaparecer al personaje de negro cabello en cuya cartera guardábanse los extraños frasquitos de aluminio.

Conducía directamente al piso superior, desembocando en una habitación desierta de cuya extremidad opuesta arrancaba un largo pasillo.

Avanzando de puntillas llegó Buck al corredor. Dos puertas abríanse a cada lado del mismo. Una de ellas daba a un cuarto de grandes dimensiones lleno de mesas, sillas y otros muebles en

caprichoso desorden. Estaba a oscuras, y Buck no vaciló en usar su linterna para cerciorarse de que no había otra salida.

Ya en el umbral escuchó el rumor de unas voces hablando en términos de gran excitación. Provenían del cuarto situado enfrente. Una de ellas recordó al agente al hombre que estaba buscando y que viera en el salón durante el breve encuentro con el joven de la gabardina.

Retrocedió Buck hasta la oscuridad del cuarto. Un segundo más tarde la otra puerta se abrió y un haz de luz proyectóse a través del corredor y penetró hasta muy cerca del centro de la habitación que le servía de escondite.

Dos hombres recortábanse en el hueco luminoso a pocos pasos de él.

—No quiero las cosas a medias, Sam —hablaba el hombre que unos minutos antes viera abajo—. Los muertos son los únicos que no abren la boca. Y no importa que sea una mujer.

—Tal vez no haya declarado nada.

—Obrando con rapidez, será el único modo de estar tranquilos. Es la única solución.

El otro gruñó unas palabras ininteligibles y se alejó por el pasillo en dirección contraria a la que conducía al salir de «La Bahía».

Desde el umbral su compañero miróle alejarse. Al bajar la escalera volvió a entrar en el cuarto.

Buck Keller salió cautelosamente y acercóse a la puerta. Sacó la «Luger» y sigilosamente tanteó el picaporte.

No estaba echado el cierre, por lo que consideró llegado el momento de actuar rápidamente.

Empujó la puerta y saltando al interior volvió a cerrarla enseguida. Chirrió uno de los goznes, pero ello no fue motivo para que el hombre que allí dentro estaba, vuelto de espaldas, averiguara la causa. Limitóse a preguntar, tranquilamente, creyendo, sin duda, que era el que acababa de salir de allí quién volvía:

—¿Has olvidado algo, Sam?

—Traigo algo que usted ha olvidado abajo —contestó Keller en un tono que indicaba perfectamente el objeto de su visita.

El ocupante del cuarto volvióse lentamente y, sin demostrar la menor sorpresa, quedóse mirando al muchacho.

—¿A qué ha venido aquí? —preguntó paseando su mirada del

rostro de Buck al arma que empuñaba.

—Ya le he dicho que olvidó recoger algo cuando se le cayó el contenido de la cartera.

—No comprendo, pues, la forma de presentarse aquí. Si es que ha venido a devolverlo... ¿De qué se trata?

—Para usted posiblemente no tendrá importancia. Es la etiqueta desprendida de uno de los frascos que lleva en la cartera. Una etiqueta idéntica a otra hallada en el doble fondo de un ataúd recién llegado de Puerto Rico.

El desconocido entornó los ojos, pero sostuvo la penetrante mirada de Buck Keller sin pestañear.

—No sé nada de ese cuento que ha venido a contarme —replicó lentamente.

—En tal caso voy a llevarle a un sitio donde le refrescarán la memoria. Sepárese de la mesa y vaya delante sin hacer un solo gesto sospechoso. Puedo asegurarle que lo lamentaría.

—¡Ah, vamos! ¿De la policía, eh? —habló ya sin disimular la rabia que experimentaba al verse cazado de un modo tan estúpido.

Buck cogió la cartera y colocóse a espaldas de al prisionero.

—Saldremos por la sala del club —le dijo—. Usted irá delante y yo le seguiré. Con un poco de discreción nadie se dará cuenta de lo que sucede.

Abrió Buck la puerta y se hizo a un lado para dejarlo salir. Ya en el pasillo le indicó la escalerilla que descendía hasta el *cabaret*.

No habían recorrido la mitad de la distancia cuando escuchó un ruido a su espaldas.

Con vertiginosa rapidez saltó de lado y apoyó sus espaldas contra la pared. Algo pasó silbando muy cerca yendo a clavarse en la puerta que había un par de yardas más allá.

Tres sombras acercábanse corriendo por el otro extremo del pasillo. Sin titubear disparó Buck hacia el que estaba más cerca y que era quien acababa de lanzar el cuchillo contra él. Lo vio dar un traspié y rodar por el suelo; pero había descuidado por un segundo al hombre que llevaba detenido y tal circunstancia le fue fatal.

Sintió venírsele encima antes de verlo. A pesar de echarse hacia atrás para esquivar la acometida no pudo librarse del encontronazo. Agarróse a las piernas de su antagonista y ambos rodaron por el suelo. En el choque la pistola se le fue de las manos perdiéndose en

la obscuridad del pasillo.

Consiguió ponerse de pie un instante antes que el otro, y ello le permitió recibir con un impresionante directo al que estaba más cerca de él.

El brillo de un cuchillo advirtióle del peligro que le acechaba por la izquierda. Lanzóse como una tromba formando un remolino con sus puños, pero tropezó con la pierna del que acababa de derribar y perdió el equilibrio.

—¡Tira pronto, Raúl! —avisó uno de los atacantes.

Desde el suelo encogió las piernas y distendiéndolas fue a proyectarlas contra el que intentaba llevar a cabo aquella orden.

Tres individuos aparecieron en escena. Era indudable que se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y acudían en ayuda de sus compinches.

Buck, al ver cerrada la retirada por la parte del salón de «La Bahía» optó por seguir el camino opuesto. Había una escalerilla que continuaba ascendiendo a los pisos superiores, por lo que pronto dedujo que no había atinado con la salida.

Nadie trató de impedirle la huida haciendo uso de sus armas de fuego. Lógicamente temían causar demasiado revuelo y atraer la atención de la gente que había en la sala de fiestas y, muy probablemente, de algún policía.

Pronto vióse Buck al aire libre. Se hallaba en el tejado del edificio a más de cincuenta pies de la calle. Los pasos de sus perseguidores resonaban próximos y ante sí ofrecíasele una sombría perspectiva.

Acorralado, a tal altura, cualquier paso en falso hubiera supuesto irremisiblemente estrellarse contra la calzada de asfalto.

Saltó a un tejado inmediato y ocultóse en el hueco detrás de una chimenea. Pronto uno de los malhechores surgió a pocos pasos. Habíase apartado del resto del grupo y exploraba aquella parte.

Buck aguardó a que estuviera más próximo, y entonces saltó sobre él descargando toda la fuerza de su puño contra la cabeza del osado solitario.

Sin proferir un gemido cayó de bruces y quedó inmóvil. Buck apoderóse del arma que empuñaba y alejóse cuanto le fue posible.

De pronto hizo un descubrimiento. Saltando hasta un terradillo situado debajo de donde se encontraba podía pasar a una escalerilla

de escape que le dejaría en un callejón trasero.

Sin titubear dejóse resbalar por el muro yendo a caer sobre un montón de ladrillos que se vinieron abajo con gran estrépito.

Buck Keller corrió hacia la escalerilla y comenzó a descenderla velozmente. Conservaba la cartera de mano arrebatada a su primer contrincante y, por el momento, con su posesión se daba por satisfecho en exceso.

Ya en la calle miró hacia arriba; pero no vio a nadie siguiéndole. En aquellos momentos debían retroceder hasta el lugar de la refriega donde procurarían borrar las huellas de la lucha y harían desaparecer cuantas pruebas pudieran volverse en contra de ellos.

Media hora más tarde entraba en las dependencias de la Jefatura. Allí encontró a Reedy leyendo tranquilamente el periódico.

El inspector, al verlo entrar, quedósele mirando, intrigado.

—¿Cómo vuelves tan pronto? —le preguntó.

—¿Seguiste al muchacho que te indiqué?

—No volví a verlo —repuso Reedy—. Se metería en algún portal cercano. Por ello decidí regresar a la Jefatura.

—¿Y dejar que me las arreglara solo contra toda la banda?

—¿Qué banda? —murmuró Reedy, extrañado—. No sabía que hubiera por allí alguna banda.

—Fueron media docena los que arremetieron contra mí como verdaderos diablos. Todavía no me explico cómo pude esquivarlos y salir con vida.

—Y con una buena cartera de piel —añadió el inspector señalando la que Buck había traído consigo.

—Tengo la impresión de que aquí estará la explicación de cuánto nos está preocupando —dijo tomando la cartera y abriéndola.

Mas a los pocos instantes comprendió que había sufrido una seria equivocación.

La cartera de que se apoderara no era la misma que vio al hombre de negro cabello conducir a su paso por la sala de «La Bahía».

—Creo que he sufrido una confusión —dijo—. He cogido una cartera por otra. ¡Era lo único que faltaba!

—Estoy viendo que tus perseguidores no serían otra cosa que

pacíficos huéspedes que creerían su mansión asaltada por un terrible «gangster» —rió Reedy—. Ya puedes decir que has salido bien librado.

Comenzó a examinar los papeles que contenía. En su mayor parte eran papeles sin importancia y cuyo contenido resultaba incomprensible para Buck. Y cuando ya iba a dar por terminada su búsqueda apareció entonces en una libreta una indicación que ponía nuevamente sobre una pista.

Tratábase de un pequeño esquema del cementerio de Englewood y una cruz indicando el lugar donde había sido depositado el ataúd de Carl Zabbs. Había anotada, además, una fecha: la del día en que el ataúd fue llevado de Puerto Rico al aeródromo de High Field. Luego, en la página siguiente habían anotado nuevas fechas, anteriores a la primera, y unos nombres de personas al lado de cada una.

—Se me ocurre una idea —habló Reedy, que a partir de aquel descubrimiento había cesado en sus bromas—. Déjame a mí ese cuaderno.

Buck entrególo lo que le pedía, y Reedy guardólo en su bolsillo.

—Mañana volveré para darte cuenta de lo que averigüe —le dijo—. Entre tanto creo que deberías regresar a «La Bahía» y disculparte ante aquellos caballeros por las molestias que les has ocasionado.

—Allí ya no quedará uno solo de ellos.

—De todos modos debes ir —insistió Reedy con firmeza—. El sargento Matson y cuatro de sus hombres tendrán, así, oportunidad de dar un paseo. Yo mismo los avisaré.

El inspector abandonó las dependencias del

F. B. I.,

haciéndolo Keller diez minutos más tarde.

Matson y cuatro policías lo acompañaban. Subieron al coche que había en el garaje y tomaron la dirección de Houston Street.

En «La Bahía» la fiesta continuaba sin que pareciera haber menguado la animación de un principio.

Buck llamó al encargado del establecimiento y le ordenó que les acompañara hasta las habitaciones de los pisos superiores.

Todo aparecía en orden. En la habitación donde sorprendiera al individuo de la cartera, incluso los muebles habían sido cambiados de lugar.

—¿Dónde están los hombres que hace un par de horas encontrábanse aquí? —preguntó encarándose con el gerente.

—Marcharon hace poco —repuso el aludido—. Aun cuando protesté de su decisión no me hicieron el menor caso. Por cierto que parecían tener mucha prisa.

—¿A dónde fueron?

—No lo sé. Ninguno de ellos me dijo nada.

—¿Qué hacían aquí? No me negará que estaban alojados en estas dependencias.

—Desde luego que no —respondió el hombre, cada vez más alarmado—. Hace pocos días llegaron procedentes de Boston. Formaban un conjunto musical de variedades y me prometieron unas cuantas actuaciones en mi establecimiento una vez caducados los compromisos con los artistas que actualmente trabajan para mí.

—¿Cuántos eran, en total?

—Cinco, señor. Tres hombres y dos mujeres.

—¿Tres hombres? —repitió Keller, sorprendido.

—¿Y de dónde diablos salieron los demás?

—¿A quién se refiere? —preguntó el dueño del club.

—Está visto que usted no sabe nada de nada —replicó secamente. Y dirigiéndose al sargento Matson le ordenó—: Usted, Matson, con dos hombres eche una ojeada por los pisos de arriba mientras yo inspeccionaré esto.

Veinte minutos más tarde daba por terminado el registro del edificio. Indudablemente, de no estar complicado con los malhechores, el dueño de «La Bahía» habíales dicho la verdad.

Regresaron de nuevo a la Jefatura. A pesar de lo intempestivo de la hora, Buck decidió interrogar una vez más a Dora.

Al advertir que abrían la celda, la muchacha sentóse en el camastro y cubrió sus hombros con una fina chaqueta de seda.

—He estado inspeccionando «La Bahía» y he obtenido algunos datos que pueden ser de gran valor. ¿Se mostrará ahora más razonable y estará dispuesta a completarlos?

—¿Sigue aún creyendo que yo estoy complicada en este enredo?

—Ya no sé qué creer —replicó—. Sin embargo, he trabado amistad con sus compañeros. No creo que la echen de menos. El dueño del establecimiento me ha hablado de que dos mujeres les acompañan. A la una ya he podido verla en la sala de fiestas. Creo

que no simpatizamos. En cuanto a la otra no es preciso ser un lince para adivinar que es usted.

—Merece usted que le felicite —repuso la muchacha con sorna.

—Le advierto que no estoy para bromas —cortó Buck, secamente—. Estoy tratando de ayudarla y usted se empeña en complicarlo todo más y más. Conmigo saldrá bien parada, pero si espera a que sea el inspector Reedy quien la tome por su cuenta...

No terminó la frase esperando el efecto que le habría causado a Dora; pero con gran asombro vio cómo la joven reprimía un bostezo y se dejaba caer de nuevo sobre el camastro.

—¿Tendrá la bondad de apagar la luz cuando haya salido? —habló con soñolienta voz.

Buck se puso en pie y dirigióle una furibunda mirada. Luego salió de la celda cerrando la puerta con violencia.

—Creo que será mejor que yo, también me vaya a dormir —le dijo al sargento Matson que contemplaba la escena divertido—. El inspector, que es un hombre ducho en estas cuestiones, decidirá mañana lo que hay que hacer con una criatura de la clase de la que tenemos ahí dentro.

CAPÍTULO V

Cuando, a la mañana siguiente, llegó Buck Keller a la Jefatura halló a Reedy interrogando a la muchacha, allí encerrada.

—Espero tengas más suerte de la que tuve anoche —dijo, sonriendo, dándose cuenta por el malhumor de su jefe que las cosas no iban como deseara.

Reedy se puso en pie y salió de la celda.

—Está visto que con esa criatura no vamos a sacar nada en claro —comentó haciendo una bola con el papel en el que había estado escribiendo y arrojándola al suelo—. No sabe nada, ignora quiénes son las personas de que le hablo, no ha visto nada y apenas si conocía a su novio.

—Tal vez no haga sino decir la verdad.

Reedy dirigióle una extraña mirada, pero no replicó. Sacó del bolsillo la libreta que encontraran en la cartera que Buck consiguió en «La Bahía».

—Esto pueda ser una pista definitiva.

Y mostró a Keller las anotaciones que les intrigaran la víspera.

—¿Has averiguado algo? —preguntó el agente—. He estado haciendo algunas gestiones y de ellas he conseguido varios datos que pueden sernos de gran utilidad. Es más, creo que nos hallamos a las puertas de una confabulación en gran escala y de la que hasta el momento no teníamos la menor idea.

Buck lo miró, extrañado, y Reedy continuó.

—Los nombres ahí anotados corresponden a oficiales de las fuerzas armadas y del aire que han sufrido serios correctivos por abuso en las drogas excitantes. Más concretamente, he conseguido averiguar que han estado detenidos por creérseles complicados en el tráfico de «heroína» que relaja la moral de nuestros oficiales y se infiltra peligrosamente en todas las unidades al servicio de la Nación. Incluso se ha llegado a creer que las fuentes de

aprovisionamiento de las drogas están en manos de agentes extranjeros interesados en minar el sistema defensivo de los Estados Unidos. ¿Imaginas lo que sería de los Estados Unidos con un ejército sin moral, y carente de voluntad para luchar?

—¿Y crees que ése es el plan del profesor Zabbs y sus secuaces?

Reedy esbozó un vago ademán.

—Yo no sé si Zabbs está complicado en ello; pero no cabe duda que nos hallamos ante un vasto plan para minar la fortaleza de nuestras instituciones armadas.

—Creo que comienzo a comprender.

Sacó Reedy su estilográfica y trazó una cruz al lado de cada uno de aquellos nombres...

—Hay aquí, sin embargo, un nombre que no corresponde a oficial alguno de nuestro ejército; sin embargo, sirvió como enlace del Estado mayor en Yugoslavia. Se trata de Richard Dibbons; ahora se dedica a un negocio de compra-venta de fincas y posee una casita en Fairfield, junto al mar. Creo que sería conveniente que fueras a verlo y trataras de averiguar qué parte le corresponde en este endiablado problema.

Aquella misma tarde marchó Buck a Fairfield. En el puesto de la policía local procuró informarse de quién era aquel Richard Dibbons y cuáles habían sido sus andanzas en los últimos tiempos; sin embargo, nada de cuánto consiguió saber ofrecía motivo alguno de sospecha. Richard Dibbons vivía en una casita de las afueras y sin otra compañía que un criado que se encargaba de todos los quehaceres de la casa. Era un hombre que poseía una pequeña fortuna y su afán parecía ser el de coleccionar objetos raros y otras antigüedades.

Buck Keller dejó el coche ante el jardín de la finca de Dibbons y llamó a la puerta. Le abrió un hombre de unos cincuenta años, de semblante duro y receloso, quien se le quedó mirando fijamente no bien el muchacho le manifestó su deseo de ver a su amo.

Lo hizo pasar a un despacho sencillamente amueblado, y pocos instantes después entrada en él Richard Dibbons.

Era un hombre más bien bajito, algo grueso, y de mirar inquieto. Tenía un tic nervioso que le hacía ladear continuamente la cabeza hacía, el hombro izquierdo.

—¿Inspector Keller? —murmuró examinando largamente la

tarjeta que le entregara Buck—. No comprendo el motivo que haya tenido para venir aquí. ¿Es que alguna de mis operaciones no están en regla, o es que...?

Buck denegó con la cabeza.

—Sólo deseaba hacerle ciertas preguntas, señor Dibbons. De la sinceridad con que responda dependerá que me vea precisado a causarle nuevas molestias.

—Usted dirá.

—¿Conoce al profesor Zabbs?

Indudablemente que no esperaba aquella pregunta. Viole Keller parpadear, sorprendido, y negar inmediatamente, con demasiada firmeza para que pudiera ser espontáneo.

—No; nunca he oído hablar de él.

—Su nombre figura en una lista que encabeza el propio profesor Zabbs. Y, por si lo ignora, le diré que Carl Zabbs está perseguido como agente del espionaje internacional.

Keller no se andaba con paliativos cuando tratábase de abordar a un presunto sospechoso. Psicólogo perspicaz y hábil conocedor de la naturaleza humana, basaba sus observaciones en las inmediatas reacciones de aquéllos a quienes interrogaba. Por ello no le pasó desapercibida la rápida contracción de las mandíbulas en Dibbons ni la forma en que su mano crispóse sobre el lápiz que había cogido.

—No sé qué haría mi nombre en esa lista que dice. Ni tampoco el motivo por el que esos otros nombres...

—Personas complicadas en cierto tráfico de drogas. Oficiales del ejército en su mayoría.

Dibbons miró hacia la puerta y en su semblante reflejóse un gesto de temor.

—No sé de qué me habla, inspector. No conozco a ninguno de esos hombres ni siquiera he tenido en mi vida una partícula de heroína.

—Yo no he mencionado nombre alguno y mucho menos me he referido a la heroína.

Trató Dibbons de sonreír. Advertíase desconcertado y su nerviosismo iba cada vez en aumento.

—Será preciso que venga conmigo a la Jefatura de Policía. Tendrá que responder a varias preguntas que le formularán mis superiores.

Inmediatamente su semblante se transfiguró. Temblaban sus labios como poseído de intenso pánico y los ojos semejaban querer saltar de sus órbitas.

—¡No; no puedo ir allá! —exclamó—. ¡Me matarían si vieran que lo acompañaba!

Buck Keller frunció el entrecejo y quedóse mirándolo, fijamente.

—¿Quién es el que intentaría matarle?

—No puedo hablar aquí, inspector —balbució—. Si yo le diera mi palabra de que esta misma noche iría a dónde usted me dijera...

—Lo siento; pero tendrá que venir ahora mismo. Y si cree que corre algún peligro se ordenará que la policía vigile su casa.

Aquel hombre no parecía el mismo que Buck encontrara al llegar. Temblaba como un condenado y un copioso sudor inundaba su rostro.

Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Estuvo atisbando detenidamente el exterior marchando luego hacia la puerta y obrando en igual forma.

Keller lo observaba en silencio. Intrigábale la forma de proceder de aquel individuo y el intenso pánico de que estaba poseído. Su actitud evidenciaba la relación que mantenía con los maleantes a quienes andaba buscando.

Tras cerciorarse de que nadie había por allí cerca regresó junto al muchacho.

—¿Le importará que lleve conmigo algunos papeles?

—Desde luego que no.

Se encaminó hacia la puerta y Buck lo siguió. Subieron la escalera hasta el piso superior. Ante una de las habitaciones. Dibbons tanteó los bolsillos como si buscara una, llave.

—Preferiría que Peter no se enterara.

—¿Quién es Peter?

Dibbons señaló hacia la planta de la casa.

—Es mi criado. Siento por él un gran afecto.

Buck asintió, al tiempo que se asomaba para mirar en la dirección que Dibbons señalaba.

Súbitamente, el hombrecillo empujó la puerta y entró en la habitación, intentando cerrarla tras de sí. La rapidez de la acción sorprendió a Keller; pero inmediatamente se repuso de la sorpresa y lanzó todo el peso de su cuerpo contra la puerta.

En el mismo instante escuchóse una detonación. Redobló el muchacho sus acometidas y al fin consiguió hacer saltar el cierre.

En el centro de la estancia, y de bruces sobre el lecho, estaba Dibbons. Estremecía aún su cuerpo en los espasmos de la agonía y tenía las manos crispadas sobre las ropas del lecho.

La primera impresión que formó Buck Keller fue la de que Dibbons acababa de poner fin a su vida para eludir la acción de la justicia y empujado por el miedo. Dirigió la mirada a su alrededor en busca del arma utilizada ya que en las manos del muerto no se hallaba. Sin embargo, no tardó en cerciorarse de que allí no existía.

Un instante después hacía un sorprendente descubrimiento. Dibbons no se había suicidado. La bala que puso fin a su vida habíale entrado por la espalda y atravesado el corazón.

Corrió Keller a la ventana. Daba al jardín, y no bien se asomó descubrió el hombre que le había abierto la puerta corriendo en dirección a la salida.

Sin pensarlo dos veces lanzóse Keller en su persecución. El ruido del motor de un automóvil le cercioró de que el agresor, sospechando a lo que iba, había los seguido y, apostándose en un lugar situado frente a la ventana, disparó contra Dibbons.

Con asombrosa agilidad saltó la tapia que se interponía en su camino y alcanzó el lugar donde había dejado el coche. Había conseguido ver el camino que seguía el fugitivo y, sin pérdida de tiempo salió en su seguimiento.

Extrañóle ver que el vehículo donde iba el asesino no buscara ocultarse en la ciudad. Por el contrario, enfiló la carretera que corría bordeando la costa, hacia el norte. La pista se hallaba en buen estado y ambos coches corrían al máximo. Pero la ventaja que ya había adquirido el llamado Peters hacía desconfiar de que pudiera reducirla a un límite razonable.

En aquel momento una sirena ululó muy cerca. Volvióse Buck y descubrió a un motorista de la policía siguiéndolos. Al llegar a la altura del vehículo le hizo señas para que se detuviera.

—¡Servicio de la policía! —gritóle Buck que no podía arriesgarse a perder unos minutos preciosos en aquella persecución.

Y le mostró la insignia que llevaba consigo.

El agente pareció convencerse ya que cambió de actitud.

—¿Quién es ese que va delante? —gritó.

—¡Un asesino! ¡Interesa capturarlo a toda costa!

La potente máquina conducida por el agente adelantóse al coche y se lanzó veloz tras el vehículo delantero.

De pronto advirtió que disparaban contra él. Buck vio al policía sacar su pistola y replicar repetidas veces. Y, casi, al mismo tiempo, sin, saber cómo había sido, vio al automóvil en que iba el criminal realizar un violento viraje y volcar aparatosamente, saliendo de la carretera y rodando por un terraplén de escasa profundidad.

Cuando Buck llegó al lugar de la catástrofe ya el policía habíase apeado de la motocicleta y bajaba la pendiente. Imitóle en el acto, no tardando en llegar junto al coche volcado.

—Ése ya está listo —comentó el policía examinando al hombre que aparecía aprisionado entre los restos del automóvil.

Buck ayúdole a sacarlo de allí. La muerte de aquel hombre había sido casi instantánea. Tenía la cabeza destrozada y apenas si podía reconocérsele.

—Ayúdeme a registrarlo —pidió al policía—. Sería conveniente identificarlo.

Solamente llevaba, algunos objetos de uso personal. Ni cartera, ni siquiera un simple papel que delatara sus intenciones. La pistola con que disparara contra Dibbons y posteriormente para contener la persecución del agente apareció en un rincón del coche siniestrado.

Disponíase ya Buck Keller a regresar, cuando en el mismo terraplén descubrió el sombrero del malhechor. Dirigióle una indiferente mirada, y ya iba a proseguir su camino cuando le pareció observar que debajo de la cinta había un papel asomando una de sus esquinas. Acercóse, intrigado, y lo sacó de allí.

Tratábase de una sola hoja. Desdoblóla Buck con cuidado y leyó los dos renglones que en ella habían sido trazados con escritura vacilante y defectuosa.

«Lunes, día 16, ocho tarde, estación “metro” calle veinticuatro, esquina Tercera Avenida, hombre anuncio de cigarrillos “Pink”. Preguntar por Hotel Whipthorne».

Guardóla Buck en su bolsillo y terminó de subir el terraplén.

—Voy a regresar a la Jefatura —dijo al policía, que ya se hallaba arriba—. Avisaré para que envíen una ambulancia.

—¿Necesitará que le envíe un informe? —preguntó el agente.

—Será preferible que venga a declarar. Le avisaré tan pronto lo necesitemos.

Sin perder un minuto más regresó a Nueva York. Tenía que dar cuenta a Reedy de lo ocurrido y que enviaran a un inspector de la brigada especial para que continuara allí las pesquisas acerca de la identidad de Dibbons. Por otra parte, faltaban solamente veinticuatro horas para la cita señalada en el papel que encontrara en el sombrero del muerto, y hasta entonces tenía que modificar sus planes para acoplarlos a la nueva pista que acababa de descubrir.

En la Jefatura no encontró a Reedy. Había salido y no había dejado para él más que una hoja de papel con unas pocas palabras.

«Si no necesitas interrogar a Dora es preferible dejarla en libertad. Creo que no es culpable de lo que ambos suponemos».

Ni una palabra más; ni siquiera una ligera indicación de a dónde se había dirigido.

Fue en busca de Jim Cassley, un joven agente con el que había realizado sus estudios y le expuso el plan trazado. Cassley aceptó entusiasmado colaborar aquella tarde presentándose al hombre-anuncio en la entrada de la estación del «metro».

Unos minutos antes de la hora prevista, apostóse Buck Keller en el cruce de la Tercera Avenida con la calle.

A unas veinte yardas de donde estaba su coche podía ver la bajada al «metro» por la que continuamente entraba y salía un torrente humano.

A las ocho menos cinco vio al hombre-anuncio estacionarse en las proximidades de la boca. Tratábase de un joven, modestamente vestido, que parecía desempeñar su cometido con la mayor naturalidad.

Estaba aún examinándolo cuando vio a Cassley cruzar la calle y dirigirse a él. Segundos después estaba a su lado.

Observó cómo le formulaba la pregunta convenida, y como por toda contestación, el hombre sacaba de su bolsillo un periódico y se lo entregaba.

Seguidamente Cassley se alejó, regresando por el mismo sitio

que le llevara hasta allí.

Cuando el hombre estuvo seguro de que se había ido, dejó el anuncio que llevaba apoyado contra la pared y encaminó hacia la Tercera Avenida. Subió a un coche estacionado a poca distancia y partió en dirección sur de Manhattan.

Desde muy cerca siguió el Buck Keller. En esta forma pasaron a la otra orilla del East River y se adentraron en Brooklyn por la Avenida de Washington.

Ante un *cabaret* de Barlett Street detúvose el hombre a quién iba siguiendo. Era «La Luna de Brooklyn» según rezaba un letrero de luces anaranjadas sobre la puerta del establecimiento.

Buck Keller hizo lo propio y siguió al hombre hasta el interior. Allí lo descubrió de pie, junto a una de las columnas, contemplando a una danzarina que acompañada por una orquesta de ritmo endemoniado ejecutaba una extraña danza de epilépticas convulsiones.

Era indudable que era a ella a quién el desconocido deseaba ver. Y no tardó en tener el convencimiento de sus sospechas al terminar el baile, cuando vio a los dos reunirse en una apartada mesa del *cabaret*.

Buck salió del local y entró en un establecimiento inmediato. Fue al teléfono y marcó un número. A los pocos segundos la voz de Jim Cassley le respondía desde el otro extremo.

—¿Qué tal fue todo, Jim? —preguntóle.

—No ha podido salir mejor —respondió el muchacho—. Ha sido muy sencillo. Le pregunté por el Hotel Whipthorne y, sin vacilar, sacó un ejemplar del «Times» y me lo entregó. Sólo me dijo: «Mire en la sección de anuncios y encontrará lo que le interesa. Buenas noches». Entonces comprendí que la entrevista había terminado y me alejé.

—Bien. ¿Y qué has encontrado de particular en el periódico?

—Cincuenta dólares en billetes y una dirección. Es ésta: ««La Luna de Brooklyn, 124 de Barlett Street». Luego hay una nota que dice: «Esta noche, a las doce, pregunta, por Mister Sullivan». Eso es cuanto he podido encontrar.

—Creo que hemos realizado una excelente faena, Jim —le dijo—. Sin embargo, será preciso que acudas esta noche a la cita. No sé dónde diablos se habrá metido Reedy. Con la falta que me haría

ahora.

—De acuerdo, Buck —accedió Cassley—. A las doce estaré en «La Luna de Brooklyn», y créeme que me encanta poder moverme un poco fuera de las oficinas.

Eran ya poco más de las diez, por lo que Buck Keller juzgó conveniente no moverse de aquellos lugares. Cenó en un restaurante cercano a «La Luna de Brooklyn», y a las once y media se estacionó en las inmediaciones del *cabaret*. Desde allí vio a Cassley aparecer de un «taxi» y entrar en el local.

Aguardó quince minutos antes de decidirse a entrar. Apeóse del coche y cruzó la calle; mas cuando iba a meterse en el *cabaret* vio a Cassley venir en dirección contraria acompañado de dos individuos.

Buck dio un salto atrás y retrocedió hasta el automóvil que acababa de abandonar. Había reconocido en uno de los dos hombres al sujeto que en «La Bahía» llevaba la cartera conteniendo los extraños frascos de aluminio.

En el momento de poner el motor del coche en marcha vio a los tres hombres salir a la calle. Cassley iba en medio, al parecer estrechamente custodiado. Sin duda alguna habían descubierto su plan y lo sacaban de allí bajo la amenaza de las pistolas que empuñaban ocultas en sus bolsillos.

En un instante concibió un plan audaz. Puso el coche en marcha y lo lanzó en la dirección del que ocupaban los malhechores. Chirriaron los frenos y el coche en el que conducían a Cassley tuvo que realizar un brusco viraje; pero, a pesar de ello, quedó detenido entre la acera y el automóvil de Buck Keller.

Esgrimiendo la Luger saltó el joven del vehículo, en un desesperado intento de librar a Jim Cassley de sus aprehensores; pero una ráfaga, disparada desde la ventanilla obligóle a arrojar a tierra, pegado a las ruedas del automóvil. Desde allí disparó por dos veces consecutivas con el único intento de intimidar a los malhechores y evitar que saliesen por aquel lado.

Desde el extremo de la calle dos policías acudían corriendo. Arrastróse Buck por debajo del coche, yendo a salir por el lado opuesto. Pero en aquel momento se dio cuenta de que los dos bandidos habían abandonado su refugio y corrían a ocultarse en las sombras del callejón próximo. En su huida arrastraban consigo a Cassley, en quién se escudaban para evitar que se disparase contra

ellos.

—¡No disparen! —advirtió Buck a los dos policías—. ¡Lleven con ellos a un agente y se exponen a herirlo!

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió el primero que llegó a su lado.

—Son dos peligrosos malhechores. Vinimos en su busca, pero han conseguido escabullirse.

Buck Keller dióse a conocer y expuso en breves palabras la acción a seguir.

—¡Hay que procurar evitar que escapen por el otro lado! ¡Yo quedaré aquí vigilando esta salida!

Uno de los policías echó a correr para dar un rodeo y ganar el otro lado. Al mismo tiempo, Buck, en unión del otro agente, internóse en la callejuela.

Inmediatamente descubrieron el lugar por donde habían desaparecido aquéllos a quienes seguían. Tratábase de un paso particular que conducía a unos almacenes de maderas situados a espaldas del *cabaret*.

En un patio había gran cantidad de troncos amontonados. Más allá veíase un cobertizo destinado a proteger la maquinaria de los talleres.

Arrimados al muro fueron avanzando los dos hombres. Sus ojos trataban de acostumbrarse a la obscuridad para intentar descubrir a los fugitivos.

De pronto el ruido de unos maderos al caer atrajo su atención. Una sombra saltó por entre los troncos y dejóse caer a tierra... Al mismo tiempo escuchóse una apagada, maldición.

—¡Tira a lo alto, Buck! —gritó Cassley desde la obscuridad.

Buck Keller comprendió que su amigo acababa de librarse de sus aprehensores. Y la ráfaga de fuego y plomo que partió del montón de troncos le confirmó tal sospecha.

Disparó en aquella dirección y lo mismo hizo el policía que estaba a sus espaldas. Un grito de dolor le dio a entender que había dado en el blanco.

El segundo policía llegaba en aquel momento y unióse a ellos. Encendieron sus linternas y comenzaron a registrar el patio.

Jim Cassley se levantó de entre unos maderos.

—¡Eh, no disparen! —advirtióles, agitando una mano.

Buck se le acercó, comprobando que no sufría el menor rasguño.

—¡Ve con cuidado, Jim! —le previno—. ¡Esos tipos son de cuidado y todavía pueden darnos un serio disgusto!

Sin embargo, pronto se convencieron de que al menos uno de ellos había quedado fuera de combate.

Lo encontraron encaramado sobre el montón de troncos y doblado hacia adelante. Vivía aún, pero sus heridas no permitían abrigar la menor esperanza de que fuera por mucho tiempo.

—¡Vosotros id por ahí! —indicó Cassley a uno de los agentes, señalando hacia la derecha—. Yo me encargaré de buscar por esa otra parte.

A pesar de registrarlo todo con singular minuciosidad, no tardaron en comprender que el otro malhechor había conseguido burlarles y escapar por algún oculto pasadizo.

Mientras aguardaban la ambulancia que habían mandado llamar, Buck registró los bolsillos del herido sin hallar en ellos nada que pudiera serle de alguna utilidad.

—Tengo la impresión que hemos perdido la noche —le dijo a Cassley, apenas se hubieron llevado al herido.

—Se nos ha escapado el principal personaje, pero no me extrañaría que ésta sea su guarida.

Buck Keller sonrió escéptico y no respondió.

Regresaron a la Jefatura. Tampoco había noticias del inspector Reedy, y tal circunstancia alarmó al muchacho.

Marchó a la celda donde estaba Dora, con objeto de ponerle al corriente de la decisión de su superior.

—Reedy considera que no hay motivo para mantenerla aquí por más tiempo —le dijo apenas la muchacha se incorporó para inquirir la causa de su visita a hora tan intempestiva.

—¿Quiere decir que ya puedo irme? —preguntó, ansiosa.

—Sí, Dora; puede marchar cuánto tenga por conveniente, aunque supongo que deseará aguardar a mañana.

—No —replicó con decisión—. Prefiero salir de aquí ahora mismo. No crea que voy a quedarme en la calle.

—¿Ya tiene adónde ir? —le preguntó, cortésmente.

—Cuando fui detenida me encontraba trabajando en un club de Brooklyn. No hay motivo para suponer que no podré continuar como hasta entonces.

—¿Trabaja en un club nocturno? —preguntó Buck, interesado.

—Sí; y no tengo inconveniente en decirle su nombre. Es «La Luna de Brooklyn». Allí me encontrará siempre que lo considere conveniente.

—Gracias —contestó Buck Keller sin revelar la sorpresa que tal declaración le producía—. Lo tendré en cuenta, aunque no creí que aquél fuera el local adecuado a sus aptitudes.

—Se equivoca —repuso ella con cierto misterio—. Hasta ahora me he ganado la vida honradamente. Y pienso hacer lo mismo en lo sucesivo. Claro está —terminó—, siempre que no le vuelva a dar por entrometerse en los asuntos ajenos. Sería una verdadera pena...

CAPÍTULO VI

Se hallaba ya en la calle, dispuesto a averiguar lo que había de cierto en la declaración de Dora, cuando uno de los agentes llegó corriendo, llamándolo.

—¡Eh, Buck! ¡El inspector Newmann quiere hablar contigo!

Buck Keller, que ya había abierto la portezuela del coche, volvió a cerrarla y subió rápidamente los escalones, no deteniéndose hasta estar en presencia de su superior.

—¿Tiene alguna noticia del inspector Reedy? —preguntóle Newmann.

—No, señor —repuso—. Y debo confesarle que me extraña su desaparición repentina.

—¿No le habló de sus propósitos?

—Me encargó que realizara la investigación en Fairfield; sin embargo, sospeché que tenía algo entre manos que deseaba callar. Posiblemente temía que la pista hallada resultase falsa y por ello no quiso participármelo.

El inspector Newmann, un hombre de unos sesenta años, sacó de su carpeta un papel y lo estuvo examinando durante varios segundos.

—La esposa de Reedy ha estado a verme y me ha hablado de sus inquietudes por la suerte de su marido. Teme que haya podido ocurrirle algo malo, ya que siempre que Reedy pensaba estar fuera por cuestiones del servicio lo comunicaba a sus familiares.

Buck quedó pensativo. Era evidente que los temores de Newmann y de los familiares de Reedy no carecían de fundamento.

—Bien, inspector —dijo—. Veré si consigo saber algo. Si al menos Reedy me hubiera dicho lo que pensaba hacer...

Se puso en pie y se despidió de su jefe.

—¿Necesita de alguien más que le ayude, Keller? —preguntóle el inspector antes de abandonar el despacho.

—No, gracias. Tengo ya a Cassley destacado en Brooklyn. Por el momento es allí dónde está la única pista que tenemos entre manos.

Ya en el pasillo, el mismo agente que poco antes lo llamara avisó de que lo reclamaban desde Brooklyn.

Fue al teléfono, comprobando que se trataba de Jim Cassley.

—¡Hola, Jim! ¿Alguna novedad?

—Ninguna por ahora, Buck. La chica entró esta mañana en «La Luna de Brooklyn», sin que hasta el momento haya vuelto a salir. No cabe duda que se hospeda en el mismo edificio del *cabaret*.

—Perfectamente, Jim. Sigue vigilando. Esta misma noche iré por ahí. Procura tener los ojos muy abiertos por si ves al hombre que escapó anoche.

—Entendido, Buck. Hasta luego.

Eran poco más de las cinco, y por el momento no tenía ningún propósito determinado para proseguir sus pesquisas. Tras la fugaz aparición de Zabbs La noche en que asaltó el edificio donde se hallaban las dependencias del Servicio de Experimentación para la Defensa Atlántica, nada habían vuelto a saber del mismo. Parecía como si hubiera regresado a los infiernos, de donde por unas horas había escapado. Por otra parte, las investigaciones llevadas a cabo por la policía referentes al misterioso Dibbons y a su asesino no habían conducido a ningún resultado práctico.

Fue hasta el domicilio de Reedy, en donde recibió la impresión de que el inspector no tenía la intención de estar fuera de él más del tiempo que habitualmente empleaba en su cotidiana labor. Sin duda alguna Reedy había sido víctima de aquéllos a quienes andaba vigilando.

Si al menos le hubiera dejado alguna ligera indicación de lo que pensaba hacer...

A las nueve de la noche decidió ir a cenar a «La Luna de Brooklyn». Fue hasta el bar, desde el que Cassley observaba el movimiento en la entrada del *cabaret*.

—Dora continúa ahí dentro —le dijo el agente—. No cabe duda que evita dejarse ver de nadie. Pudiera ser que tema encontrarse con los mismos a quienes vigilaba en el cementerio de Englewood.

Cambió de parecer y quedóse a cenar en el restaurante donde estaba Cassley.

—Estoy decidido a dejar terminada en esta noche la cuestión de

la intervención de Dora Glenn en el embrollo de las drogas.

Cassley quedósele mirando sin hacer ningún comentario.

No habían terminado la cena, cuando uno de los camareros se acercó a la mesa donde comían.

—¿Alguno de ustedes se llama Keller? —preguntó.

—Yo soy —respondió Buck—. ¿Qué desea?

—Le llaman al teléfono, señor. Una señorita que dice llamarse Dora.

Levantóse y marchó a la cabina, telefónica.

—¿Qué desea, Dora? —preguntó apenas hubo tomado el auricular.

—¿Es usted Buck Keller?

—Sí, soy Buck. ¿Cómo sabe que estoy aquí?

—Le vi entrar desde la ventana de mi habitación —y tras una ligera pausa prosiguió—: Necesito su ayuda, Keller.

—¿Qué le ocurre?

—Un individuo está registrando mi habitación. Me amenazó con matarme si avisaba a alguien.

—¿Dónde está usted ahora?

—Estoy en el pasillo dónde están los camerinos. Puede pedir que le acompañen hasta aquí. No se lo impedirán.

—Enseguida estoy con usted.

Colgó el auricular y regresó junto a Cassley.

—Dora asegura encontrarse en peligro —dijo a su compañero—. Debemos ir cuanto antes.

Salieron del restaurante y poco después cruzaban la amplia sala de «La Luna de Brooklyn».

—¿Dónde está la señorita Dora Glenn? —preguntó al primer empleado que hallaron al paso.

—Todavía no ha llegado su turno —repuso el interpelado—. Pueden ocupar su mesa hasta...

—Llévenos hasta su camerino —ordenó Buck, mostrándole la insignia—. Servicio de la policía.

El camarero asintió en silencio y les condujo hasta una escalera que había al fondo del salón.

Ya en el primer piso cruzaron un vestíbulo y al llegar a un pasillo les indicó una de las puertas.

—Ése es el camerino de *miss* Glenn.

Buck fue hasta la puerta y llamó.

—¡Dora! ¡Abra! ¡Soy Buck Keller!

La puerta se abrió y la figura graciosa y menuda de Dora Glenn apareció envuelta en una bata de seda. Estaba muy pálida, y por el temblor de su cuerpo dedujo Buck que estaba realmente asustada.

—Gracias por haber venido, Buck —le dijo—. Temí que se retrasara más de lo debido.

—¿Está aún ese hombre en su habitación?

—Debe estar allí; de lo contrario habría bajado en busca mía.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque allí no encontrará lo que anda buscando.

—Llévenos allá. Y no tema nada. Con un poco de suerte podremos sorprenderlo.

Subieron hasta el piso inmediato. En él había un nuevo pasillo. Sin avanzar un solo paso más indicóles Dora la puerta del fondo.

—Allí es —habló en voz baja.

—Quédese aquí y no se mueva —recomendóle Buck.

Y haciendo una seña a Cassley dirigióse hacia la habitación indicada por la muchacha.

Tanteó el picaporte, comprobando que estaba cerrada por dentro.

—¿Quién hay ahí? —inquirió.

Ninguna respuesta le llegó del interior.

Apartóse unos pasos y lanzóse con violencia contra la puerta. Crujió el soporte del cierre, lo que le dio a entender que un nuevo empujón bastaría para que cediera.

Sacó la Luger y de una fuerte patada terminó de abrir la puerta.

Al tiempo de entrar vio la ventana abierta. Adivinó que por allí acababa de escapar el hombre que había estado registrando el cuarto de Dora.

Seguido por Cassley asomóse al exterior. Una sombra corría por los tejados como alma que lleva el diablo. Buck disparó por dos veces seguidas, aun cuando en el momento de hacerlo la silueta del fugitivo había desaparecido tragada por la obscuridad que lo envolvía.

Descolgóse sobre el terradillo que comenzaba debajo mismo de la ventana y dirigióse hacia el lugar donde por última vez distinguiera al malhechor; pero al llegar allí hallóse frente a una

serie de nuevos terradillos, por cualquiera de los cuales podía haber huido.

Volvió al cuarto de Dora. La muchacha estaba ya en él y Cassley intentaba convencerla de que ya no corría peligro alguno.

—¿Quiere comprobar si se llevó algo? —preguntóle Buck.

—No ha podido —repuso—. Ignoraba que lo tenía en mi camerino.

—¿Qué es lo que tiene en su camerino?

Dora guardó silencio, confundida. Inconscientemente había dejado escapar aquellas palabras.

—Siento tener que obligarla a decirme todo lo que sabe en esta cuestión —habló Keller con singular dureza—. Hay muchas cosas en juego y una de ellas es la vida del inspector Reedy. ¿Sabe acaso dónde está y lo que le ha sucedido?

—No —balbució, asustada—. No sé nada del inspector Reedy. ¡Le prometo que no sabía que hubiera desaparecido!

—Yo creo en su sinceridad; pero para demostrármela no debe ocultar nada de cuánto sabe. Vamos a su camerino.

—¡No tengo nada que decir! —Trató de oponerse—. Allí no hay nada que pueda interesarle.

—Sentiría tener que obligarla.

El tono de su voz no admitía réplica, y Dora salió del cuarto para bajar al piso inferior. Al llegar a la puerta, intentó aún disuadir a Keller.

—No entre ahora, Buck —le rogó—. Más adelante le diré cuánto sé de esa gente.

—Lo siento, pero ya no puedo esperar un minuto más.

—Está bien —accedió de mala gana—. Entraré a cambiarme de ropa. Le avisaré tan pronto haya terminado.

—Entraremos los tres al mismo tiempo —replicó Buck—. Para registrar su camerino no es preciso que se cambie de vestido.

Y para mejor demostrar su decisión abrió la puerta y se hizo a un lado para permitir a Dora pasar delante.

La muchacha vaciló un instante y, al fin, entró. Buck y Cassley hicieron lo propio. El primero dirigió una escrutadora mirada a su alrededor y se dirigió a una especie de mesita que había en un rincón.

—¿Tiene la llave? —preguntó a Dora, al darse cuenta de que el

cajoncito estaba cerrado.

—No, no la tengo —repuso la joven.

Pero en la expresión de terror de su semblante adivinó Keller que había dado en el blanco.

Sacó una ganzúa de su bolsillo y en menos de un minuto dejó el cajón abierto.

En el fondo, oculto entre unos papeles, había un pequeño envoltorio.

—¿Qué es eso? —preguntó, mostrándoselo a Dora.

—No lo sé —balbució ella con un temblor en la voz—. Me lo dio... Tonny. Quiso que lo guardara unos días.

Buck lo desenvolvió a la luz de la lámpara y examinó su contenido. Tratábase de una caja de madera con una docena de compartimientos. En cada uno de ellos había un frasquito de cristal conteniendo una sustancia blanca parecida al azúcar.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó, mirándola fijamente.

—No. Tonny nunca me lo dijo.

—Es «heroína». Una de las drogas más terribles y que más estragos causan. ¿Quiere hacerme creer que ignoraba el contenido de esos frascos?

Dora llevóse una mano a la garganta y pareció tambalearse ante la revelación que Buck acababa de hacerle.

—¡Le juro que no sospechaba siquiera que contenían drogas! —exclamó con vehemencia—. Tonny las trajo la víspera de su muerte para que las guardara. Me dijo que eran muestras comerciales, cosa que no me extrañó, ya que se dedicaba a representaciones de productos químicos. Lo único que me recomendó es que no las enseñara a nadie y que las guardara cuidadosamente, pasara lo que pasase. Según me dio a entender eran sustancias de gran valor.

—Y no la engañaba; pero abusó de su ignorancia para complicarla en un tráfico que puede conducir a la silla eléctrica.

Dora apoyóse en la pared, y era tal su palidez que Buck Keller temió por un momento que fuera a desmayarse.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo iba yo a suponer...?

Dejóse caer sobre una banqueta y ocultó el rostro entre sus manos.

—Le aconsejo, Dora, que me diga la verdad. No me oculte nada de cuánto sepa.

—¡Debe creerme, Buck! —sollozó convulsivamente—. ¡Yo jamás supe lo que Tonny y sus amigos llevaban entre manos! ¡Cuando sospeché que había algo más que unas simples operaciones comerciales y se lo dije a Tonny, se echó a reír, pero me replicó que procurara no meterme en sus negocios, ya que, de lo contrario, iba a, darme que sentir! Fue por ello que les seguí aquella noche hasta el cementerio de Englewood y me oculté entre unos arbustos para observar lo que les había llevado allí. Estaba tan asustada y era tanto el miedo que sentía, que no pude moverme del sitio cuando me di cuenta de que usted y el inspector Reedy estaban buscándome.

—¿Es eso todo cuanto sabe?

—Sí. Ya sé que no me creerá; pero no podría añadir nada más a cuánto acabo de decirle.

—¿Y los amigos de su novio?

—No sé quiénes son ni dónde viven. Sólo los conocía cuando venían a verlo.

—Estoy seguro de que no dice todo cuanto sabe.

Dora se puso en pie, resentida.

—¡Puede pensar lo que tenga por conveniente! ¿Por qué no se ensaña ya de una vez y hace que me encierren en una cárcel? Al menos allí me dejarán tranquila por algún tiempo.

Buck la cogió del brazo y obligóla a sentarse de nuevo.

—Sólo le pido que sea sensata y me ayude en todo lo que le sea posible. Con callar no hace otra cosa que empeorar su propia situación.

—He dicho ya todo cuanto tenía que decir.

—Piense que puedo obligarla a confesar por otros medios.

—¡Es usted un ser sin escrúpulos! —Irguióse, excitada—. ¡Y no conseguirá que confiese lo que ignoro por mucho que me torture! ¡Si le complace perseguirme y espiarme a todas horas, hágalo! ¡Sólo obtendrá de mí un desprecio y un odio sin límites!

Buck Keller sentóse en una de las sillas y aguantó pacientemente a que hubiera cesado aquella crisis nerviosa. Luego, al verla más sosegada, hizo una seña a Cassley y ambos se pusieron en pie.

—No puede quedarse aquí, Dora —le dijo amablemente—. ¿Tiene algún otro sitio donde ir?

La muchacha afirmó con un movimiento de cabeza.

—En este caso le pido que vaya esta misma noche. Este lugar es peligroso para que continúe en él. Puede llamarme tan pronto necesite de mí.

Dora guardó silencio, pero Buck sabía que obedecería a su indicación.

Los dos muchachos salieron del *cabaret* y subieron al coche que Buck dejara frente al restaurante. Sin embargo, no se alejaron de aquellos lugares. Dieron un pequeño rodeo, yendo a salir a cierta distancia de «La Luna de Brooklyn», pero en dirección opuesta.

Allí aguardaron pacientemente a que Dora abandonara el local.

Una hora más tarde vieron a la joven salir a la calle. Llevaba una pequeña maleta de viaje, por lo que dedujeron que no pensaba volver por allí. Encaminóse hacia la Avenida Washington, pero dos manzanas antes de llegar desvióse por una calle poco concurrida que acortaba la distancia al puente de Brooklyn.

Keller apeóse del vehículo, indicando a Cassley que le siguiera desde alguna distancia. Aceleró el paso y bien pronto dobló la esquina por la que poco antes había desaparecido la muchacha.

En aquel momento se dio cuenta de que sus sospechas no eran infundadas. A corta distancia Dora Glenn se debatía entre dos hombres que intentaban arrastrarla hacia un coche parado junto a la acera.

Echó a correr hacia ellos y cayó como una tromba sobre los dos bandidos. Uno de ellos, alcanzado por la potencia de su puño, fue a rodar por el suelo como si se tratara de un pelele. Su compañero, dándose cuenta de su llegada, pudo zafarse hábilmente y trató de sacar un arma valiéndose del escudo que le proporcionaba el cuerpo de la muchacha.

Buck Keller dióse inmediatamente cuenta de sus intenciones. Arrojóse a sus pies haciéndole perder el equilibrio. Apoderóse del brazo que esgrimía la pistola y forcejeó rabiosamente para impedirle hacer uso de la misma.

El malhechor, dándose cuenta de que los segundos que transcurrían volvíanse contra él, intentó un esfuerzo para desasirse del abrazo del agente. Lo consiguió en parte, pero al tratar de levantarse, Buck lanzóse como una catapulta derribándolo de nuevo.

Cassley llegaba en aquel momento y detenía el coche cerca del

otro. El compinche del caído, viendo que la cosa se ponía fea, optó por huir. Saltó dentro del coche, cuyo motor estaba ya en marcha, y lanzólo a endiablada velocidad, perdiéndose en dirección de Prospect Park.

Una hábil torsión hizo que la pistola se desprendiera de la mano de su antagonista. Cassley apoderóse de ella y conminóle a cesar en su resistencia.

—Esta vez hemos conseguido capturar un pez vivo —bromeó Keller, alisándose el cabello en desorden—. Hay que ponerlo a buen recaudo antes de que decidan suprimirlo.

Dora, que durante la lucha había quedado apoyada en la pared, acercóse a los dos agentes.

—Por lo que veo ya lo tenían todo preparado —observó con cierta ironía.

—Hay sospechas que en ocasiones no fallan, y ésta ha sido una de ellas. Espero que no le haya pesado.

—No —sonrió Dora, sintiendo disipar sus recelos—. Ya sé que me estoy comportando estúpidamente. Le ruego que me perdone.

—Suba, pronto y vámonos de aquí —le dijo Cassley—. Podemos llevarla hasta su nuevo alojamiento.

Al pasar frente a la Jefatura apeóse Buck con su prisionero.

—Jim la acompañará, hasta su casa —dijo a modo de despedida—. Espero que mañana se dejará ver y podremos hablar como buenos amigos.

Partió el vehículo, entrando Keller y entregando el preso al sargento O'Connor.

—Oye, Mike —le dijo, mostrándole su preso—; es de cuidado, y al mismo tiempo vale para mí lo que pesa en oro. Pero es preciso que se desahogue con alguien. Nadie mejor que tú para escuchar sus confidencias.

Mike O'Connor, el gigante que llevaba el pesado trabajo de atender todos los detalles de la Jefatura, sonrió con una mueca de comprensión.

—Déjele de mi cuenta, Keller. Le haré recordar hasta los nombres de cuántos asistieron a su bautizo. Creo que mi método le conmoverá.

—¿Qué van a hacer conmigo? —chilló aquel sujeto, alarmado, mirando a todas partes.

—Nada, si eres buen chico —contestó O'Connor cogiéndole del brazo y llevándoselo por una escalerilla hacia los sótanos.

Buck los siguió hasta una especie de celda de paredes desnudas, en el centro de la cual había un espacio de reducidas dimensiones lleno de agua. Dos hombres llegaron por un pasillo que allí desembocaba y quedaron mirando al recién llegado.

—¿Piensas bañar a ese pájaro? —preguntó uno de ellos.

—Eso depende de cómo se comporte —repuso el sargento—. ¿Quieres ver qué tal está hoy el agua? Creo que ya compusieron el refrigerador.

—Cada vez que meto el dedo en ella se me llena de sabañones —repuso el policía con una rara expresión en su semblante—. Jerry no tendrá inconveniente en probarlo.

—No me hace mucha gracia —objetó el aludido—; pero si no queda otro remedio.

—¿Es que quiere meterme ahí dentro? —preguntó el detenido, sintiendo aumentar su pánico—. ¡Yo no he hecho nada malo! ¡Ellos me obligaron a esperar a la chica!

—Tú eres un hombre fuerte y lo resistirás perfectamente —comentó O'Connor.

—¡No me martiricéis y os diré cuánto sé! —exclamó, temblando como un condenado—. ¡Sólo os pido que me tengáis en un lugar seguro donde no puedan llegar ellos!

—De eso puedes estar tranquilo —le dijo Keller con sorna.

El detenido pasóse una mano por la frente y tragó saliva antes de hablar.

—Raúl y los demás se reúnen a las doce y media en un almacén de bidones metálicos que hay a poca distancia del muelle 108, en el Hudson. La entrada es por un callejón que da a Galveston Street.

—¿Y la contraseña?

—No la hay. Raúl conoce a sus ayudantes y no se le puede engañar. De atacarle habrá que hacerlo por sorpresa.

—¿Cuántos hombres estarán allí?

—No más de cinco o seis. Los demás no son otra cosa que maleantes a sueldo del panameño.

Buck consultó su reloj.

—Tenemos el tiempo suficiente —dijo—. Veremos hasta qué punto has dicho la verdad.

Cassley había regresado ya y estaba aguardando arriba. Con el sargento O'Connor, otros tres agentes se mostraron dispuestos a formar parte de aquella salida nocturna.

Dejaron el coche en las inmediaciones del muelle y se encaminaron a Galveston Street. Ni un solo farol alumbraba aquel lugar, por lo que lo mismo que favorecía a los malhechores servía admirablemente a los movimientos de los agentes al rodear el almacén de bidones que habían elegido como punto de reunión.

—Carter y Wilkie quedarán cerca de la puerta —designó Keller—. Dinnie vigilará la parte posterior por si hubiera algún escape. Tú, Mike, vendrás con Jim y conmigo.

Apostados entre los barriles que había en la explanada exterior aguardaron unos minutos. Pronto una sombra surgió por el extremo de la calle y desapareció dentro del almacén. A ésta siguió otra a los pocos minutos. Luego, otra, y otra más.

A las doce y media juzgó Buck llegado el momento oportuno. Prepararon las Thompson que llevaban al efecto y avanzaron hasta la entrada. Hirieron una seña a los agentes Carter y Wilkie, quienes contestaron en igual forma.

Deslizándose por entre unas pilas de bidones alcanzaron bien pronto uno de los cobertizos anejos.

Una débil claridad salía del interior y al estar más cerca vieron que había media docena de individuos reunidos en torno a un cajón. Uno de ellos dedicábase en aquel momento a contar un fajo de billetes que extendía al mismo tiempo sobre la mesa improvisada. Allí estaba también la lámpara de petróleo que iluminaba tan singular reunión.

Con suma cautela avanzaron aún unos pasos más. Entonces, Buck Keller levantó la Thompson y enfilando el grupo conminóles con fuerte voz:

—¡Que nadie se mueva! ¡Un solo gesto sospechoso y os abrasamos como a ratas!

CAPÍTULO VII

Los seis rostros volviéronse hacia la voz que brotaba de las tinieblas del almacén. Nadie hizo el menor gesto, y el silencio que por unos momentos reinó en aquel lugar semejaba más bien la calma precursora de la tempestad que va a estallar.

Buck y Mike O'Connor avanzaron unos pasos hasta hacerse visibles de los sorprendidos maleantes. Prudentemente y en evitación de cualquier sorpresa, Jim Cassley quedó cerca de la puerta.

—¡Apártate del cajón y colócate junto a tus hombres! —ordenó Buck al que había estado contando el dinero.

Éste dejó los billetes sobre el cajón e inició el ademán de retroceder; pero en aquel momento uno de los reunidos apartóse del grupo.

—¡Quieto o disparo! —Conminóle Buck Keller, apuntando hacia él.



...¡Quiéto o dispare!

Aquella leve distracción fue aprovechada por el jefe de la banda. De una fuerte patada derribó el cajón sobre el que se apoyaba la lámpara. Todo rodó por el suelo con gran estrépito y la luz se extinguió.

Mike O'Connor y Buck Keller dispararon sendas ráfagas y

cambiaron rápidamente de emplazamiento a fin de evitar servir de blanco de los forajidos.

Hubo unos minutos de silencio que nadie quebró. Luego, bruscamente, comenzaron a disparar desde dos o tres sitios distintos. Se habían parapetado detrás de los bidones y disparaban al azar con objeto de obligar a los policías a contestar.

Hubo una nueva pausa. En el exterior una ametralladora tableteó, lo que indicaba que uno de los malhechores había sido sorprendido al intentar huir. Luego se escucharon algunos gritos de alerta.

Buck retrocedió hasta tropezar con la pared del barracón. Desde allí dio un rodeo a fin de situarse en el flanco de los bandidos.

Unos haces de luz brillante rasgaron las tinieblas por la parte de la entrada. Desde el fondo arreciaron los disparos. Partían de una especie de barricada formada por bidones, y hacia allí enfiló Buck Keller el fuego de su Thompson.

Una patrulla de la ronda del puerto irrumpió en el almacén. Los haces de sus linternas rebuscaban afanosamente entre las pilas de bidones. Con ellos iban O'Connor y Cassley, que se les habían juntado, y disparaban sin cesar contra los reductos de los forajidos a fin de impedirles hacer fuego.

—¡Salid con los brazos en alto y arrojad las armas! —gritóles Buck Keller.

—¡Ven a buscarlas si te atreves! —replicó una voz con acento sudamericano y en la que reconoció al hombre que dirigía aquel grupo de forajidos.

La Thompson de O'Connor tableteó furiosa y uno de los bandidos salió corriendo de su escondite para ir a desplomarse pocos pasos más allá.

—¡No tiréis! —gritó, al fin, la misma voz de antes—. ¡Vamos a entregarnos!

Dos cabezas asomaron entre unos bidones, y unos brazos se alzaron desprovistos ya de las armas que empuñaran.

Keller fue hacia ellos y obligóles a salir. Sus dos acompañantes y cinco policías de la ronda del puerto terminaban de registrar el almacén. Dos de los malhechores, habían muerto y un tercero se encontraba herido. Afuera hallaron al que había pretendido escapar y que acababa de ser detenido por el agente Dinnie cuando

intentaba escalar el muro trasero.

Una maleta conteniendo veinte frascos metálicos fue hallada oculta en un cajón. Todos ellos estaban llenos de la misma substancia encontrada por Keller en el camerino de Dora Glenn.

—Vosotros vais a quedaros aquí hasta que llegue la ambulancia a recoger a éstos —ordenó a los dos policías que vigilaban la puerta.

Y les señaló a los dos muertos y al herido.

En el mismo coche que los llevó hasta allí condujeron a los tres detenidos a la Jefatura.

Keller aisló al llamado Raúl de sus dos secuaces y los interrogó separadamente. Ambos afirmaron sin reservas que el panameño era quien llevaba la dirección de la banda. Él se encargaba de recibir la droga y de su distribución a los oficiales encargados de introducirla en los cuarteles y centros de instrucción.

—¿Qué relación tiene ese Raúl con el profesor Zabb? —preguntó el muchacho.

—¿Zabbs? No sabemos quién es ese sujeto.

Buck comprendió que no mentían. Era cada vez más evidente que la peligrosa organización ninguna relación guardaba con la que dirigía el diabólico profesor desaparecido del cementerio de Englewood.

Terminado el interrogatorio de los dos malhechores dirigióse Buck a la celda ocupada por el sudamericano. Lo halló fumando un cigarrillo, y no bien le vio entrar recibiólo con su cínica sonrisa.

Los dos agentes Cassley y O'Connor colocáronse junto al muchacho.

—Has sido sorprendido en pleno trabajo, Raúl —le dijo—. Quizá trates de negar los hechos o desfigurarlos descaradamente; pero el F. B. I.,

posee pruebas convincentes de la naturaleza y los fines de tu banda.

—No soy un cobarde ni un embustero —replicó fríamente.

—Será mejor que hables claro —aconsejóle Keller—. Sabes demasiado que disponemos de medios bastante persuasivos para obligarte a hacerlo. ¿Crees que merece la pena pasar por ellos?

—¿Qué es lo que desea saber?

—Tu nombre.

—Raúl Valquilla.

—¿Panameño?

—No. Nací en Venezuela, aunque desde pequeño he vivido en Panamá. Es por ello que me llaman así.

—¿Quién envía la droga?

El malhechor se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que se trata de un individuo que viene del Brasil. Creo que de Pará. Ni siquiera sé su nombre. Solamente lo he visto en dos ocasiones, pero en ninguna pude descubrir su rostro.

—¿Quién la distribuye?

—Mis hombres se encargan de ello. Siempre la llevan a los mismos personajes. Lo demás ya no me interesa.

—¿Sabes adónde va destinada?

—Creo que a elementos militares. No me preocupa lo más mínimo.

—No ignorarás que la «heroína» se ha convertido en una terrible arma con la que agentes extranjeros tratan de minar la moral y la eficacia de nuestro ejército.

—Cuestión de apreciaciones —sonrió el panameño—. Mi nacionalidad no es la suya, inspector.

—¿Y la droga? ¿Cómo entra en los Estados Unidos?

El sudamericano echóse a reír.

—Usted lo sabe tan bien como yo.

—Supongamos que quiera oírlo de tus propios labios.

—En realidad no es demasiado lo que yo sé. Se me avisa de que acuda a determinado lugar y, efectivamente, allí están los recipientes aguardando. Unas veces entre un montón de escombros en un desierto solar, otras bajo el asiento de un vehículo estacionado en determinado paraje. Oculto en el fuselaje de un avión, en la bodega de un barco o en el doble fondo de un ataúd.

—Esperaba que me hablaras de Zabbs.

El detenido hizo una mueca de desdén.

—No sé nada de él. Yo mismo fui el primer sorprendido al saber que se había evaporado en el cementerio de Englewood.

—¿Habías oído hablar alguna vez de él?

—Jamás.

—¿Seguro?

Raúl sonrió divertido.

—Le daría mi palabra si creyera en ella.

—¿Sabes que Dibbons ha sido asesinado por su criado?

—¿Dibbons? —murmuró, frunciendo el entrecejo—. ¡Ah, sí! Dibbons. Peter era uno de mis agentes. Se había aficionado a la droga y hubo que despacharlo ante el temor de que cantara lo que no debía.

Keller hizo una seña a sus compañeros y se dispusieron a salir.

—Mañana volveremos para aclarar algunos extremos —mas de pronto se detuvo y volvióse hacia el preso—. ¿Quién era el muerto que dejasteis en Englewood? —preguntó.

—¿Tonny? —inquirió con una mueca, despectiva—. Era un pobre diablo. Dora fue quien lo echó a perder.

—¿Era Dora Glenn su novia?

—Tonny y Dora eran primos —aclaró—. Ella quiso apartarlo de nosotros. Jamás hubiera llegado a ser un buen ayudante. Estoy seguro de que esa chica habrá cantado de lo lindo.

—¡Ah, ya! —murmuró Buck, sorprendido.

Y salió de allí renunciando a seguir su interrogatorio.

A la mañana siguiente marchó a ver al inspector Newmann.

—Buen trabajo, Keller —felicitóle el inspector—. Ha asestado un duro golpe al más peligroso enemigo de nuestra Patria.

—Celebro que haya sido así —repuso Buck—; sin embargo me ha decepcionado el comprobar que estaba siguiendo una pista falsa. Todo mi interés está en dar con Zabbs y encontrar a mi amigo Reedy.

—Le comprendo, Keller. De todos modos debo reconocer el mérito de su labor y espero que continuará.

—Le ruego que no insista, inspector —atajóle con un significativo ademán—. La Brigada Especial puede dedicarse a terminar el asunto de las drogas. Usted ya conoce el interés que tengo en encontrar a Reedy y desenmascarar a ese maldito profesor.

—Está bien, Keller —accedió Newmann—. No puedo hacer otra cosa que desearle el mismo éxito que acaba de obtener.

Estrechó Buck la mano al inspector y salió de allí.

Durante poco más de media hora estuvo conversando con el inspector Harrison, de la Brigada Especial, a quién puso al corriente de todo lo relacionado con el tráfico de drogas.

Iba ya a abandonar las dependencias, cuando O'Connor le llamó.

—¡Oiga, Keller! El agente Cassley acaba de preguntar si se encuentra usted en la Jefatura.

Fue al teléfono y llamó a su amigo.

—¿Qué hay, Jim? ¿Dónde estás ahora?

—Llevo cerca de una hora vigilando la pensión donde se hospeda Dora Oleen; pero sospecho que hay otra persona haciendo lo mismo.

—¿Estás seguro?

—No del todo; pero me habría pasado desapercibida si no tuviera un extraordinario parecido con cierta persona que desapareció hace poco.

—¿De quién estás hablando?

—¿No se ha vuelto a saber nada de Mercey? ¿Me refiero al agente que cazó a ese profesor Zabbs?

—¿Mercey? Hallaron sus ropas medio destrozadas, y con sangre en el mismo jardín donde se cometió el asesinato del centinela.

—Sólo he visto fotografías de Mercey, pero juraría que su parecido con el hombre que se pasea por aquí delante es extraordinario.

—¡Voy enseguida, Jim! —advirtióle—. Entretanto, no le pierdas de vista.

Salió a, la calle y encaminóse directamente al nuevo domicilio de Dora Glenn.

Apeóse dos manzanas más allá del lugar indicado. Luego se encaminó a donde aguardaba Cassley.

—¿Dónde está ahora ese hombre? —preguntóle no bien llegó a, su lado.

—Se ha metido en aquel bar —indicóle el agente—. Pero estoy seguro de que vigila la pensión donde se aloja la chica.

No tuvieron que aguardar mucho tiempo. Del bar salió a los cinco minutos un individuo vistiendo traje oscuro. En la misma puerta colocóse unas gafas de cristales oscuros para protegerse del sol. Sin embargo en aquel breve espacio de tiempo había podido Keller ver su rostro.

—Si no es Mercey, es alguien que se le parece como una gota de agua a otra.

—¿Crees que es un buen descubrimiento? —preguntó Cassley.

—Creo que es lo más asombroso que podía sucedernos —contestó—. Ahora mismo vas hasta la segunda bocacalle hacia la izquierda y subes al coche que he dejado allí. Lo dejas por aquí

cerca a fin de tenerlo a mano, llegado el momento de utilizarlo.

Cassley salió del establecimiento para cumplimentar la orden de su compañero.

No haría un minuto que se había alejado, cuando Dora salió a la calle. Inmediatamente el sujeto que parecía aguardarla la cogió de un brazo y habló con ella unas palabras.

Keller vio cómo la joven parecía desconfiar; pero el hombre mostróle la insignia de la policía y entonces ya no dudó. Acompañóla hasta un automóvil que había parado allí enfrente y subió a él.

Por un momento estuvo tentado Buck de echar a correr hacia ellos; pero comprendió que si detenía a Mercey perdería tal vez la única probabilidad que le salía al paso para encontrar la guarida del profesor y rescatar a su amigo Reedy.

Permaneció, pues, quieto en su observatorio. Sin embargo calculó que Cassley tardaría aún bastante tiempo en aparecer por allí, exponiéndose a perder de vista a Dora y a su aprehensor.

Salió a la calle y llamó a un taxi.

—¡Siga a ese coche! —ordenó al conductor. Y mostrándole la insignia añadió—: Es un servicio de la policía; pero de todos modos tendrá una recompensa si sabe seguirlo con la mayor discreción.

El chófer asintió y tomó la misma dirección seguida por el automóvil que conducía Mercey, aunque guardando una prudente distancia.

En esta forma cruzaron el puente de Manhattan y entraron en Brooklyn, continuando por Adams Street, en dirección de Underhill. Allí desviáronse por Eastern Parkway hacia el este.

No tardó Keller en darse cuenta de que se dirigían hacia el sur de Long Island. Por la carretera que bordea las playas del sur el tráfico permitía aún pasar desapercibido; pero pronto el coche que conducía Mercey tomó una ramificación secundaria en la que se hacía imprescindible avanzar con mucho tiento.

—Vaya despacio y no siga adelante si vemos aparecer el coche —previno al conductor—. Es del todo imprescindible que no adviertan que vamos siguiéndoles.

Sin embargo, al poco rato el coche se detuvo bruscamente. Desde un altozano acababan de ver cómo el automóvil que seguían había detenido ante una casa solitaria a poca distancia de la

playa.

Buck Keller apeóse del vehículo y observó el lugar. Luego sacó una libreta y escribió en una de sus hojas unos cuantos renglones.

—Regrese tan rápidamente como le sea posible y entregue esta nota al inspector Newmann, en la Jefatura del F. B. I.

Ahí va anotada la dirección.

Entregó el papel junto con un billete en pago de sus servicios.

—Está bien, señor. Haré todo como ha dicho.

Retrocedió el vehículo, quedando el muchacho solo en aquel lugar.

Consultó su reloj. Pasaría aún más de una hora antes no llegara Cassley allí. Hasta entonces tenía tiempo más que suficiente para estudiar la casa y sus alrededores y evitar cualquier sorpresa, llegado el momento de actuar.

Apartóse de la carretera y dio un amplio rodeo buscando los lugares donde el arbolado ocultaba su presencia a los posibles moradores de la casa. En esta forma llegó hasta muy pocos pasos de la pared que rodeaba la finca.

No se observaba el menor movimiento por allí. Incluso las ventanas estaban cerradas, dando la impresión de que nadie la ocupaba.

De pronto oyó Buck chirriar la verja del jardín. Atisbo por entre unas ramas y vio a un individuo de raro aspecto que avanzaba encorvado, dejando colgar los brazos, con el gesto característico de los simios.

Pasó junto al coche de Mercey, al que ni siquiera dignóse mirar, y tomó la dirección de la playa.

Sin saber por qué sintió Buck que su curiosidad era atraída por la extravagante figura del contrahecho hombrecillo. Alejóse de la casa y, no bien consideróse fuera del alcance de toda mirada indiscreta, echó a correr en dirección de la caleta.

Al llegar allí advirtió que había llegado tarde. El misterioso personaje había subido a un bote y remaba vigorosamente en dirección de una vieja embarcación de pesca que a pocas yardas de la entrada a la caleta balanceábase sobre el agua.

El muchacho ocultóse en un hueco entre las rocas y desde allí dedicóse a vigilar los movimientos del desconocido. Vióle llegar al

costado de la nave y trepar ágilmente por una escalerilla de cuerdas que pendía de uno de los costados.

Unos diez minutos lardó en reaparecer. Bajó hasta la lancha y apartóse del casco de la embarcación, regresando a la orilla.

Ya en la playa, descubrió que había ido a buscar una prenda de vestir que ahora llevaba en la mano. Y al fijarse mejor sintió que su corazón daba un vuelco.

Recordaba perfectamente la chaqueta a cuadros que vestía el inspector Reedy y que llevaba el mismo día en que desapareció. La posesión de aquel vestido le hizo sospechar que Reedy no estaba lejos de allí, en el caso de que aún viviera. Posiblemente, a bordo de la vieja embarcación que acababa de visitar aquel raro personaje.

Salió de su escondite y saltó a la arena. Empuñando la Luger acercóse al hombre, que a poca distancia dedicábase a amarrar la lancha a un poste que emergía de tierra.

—¿Qué es lo que ha ido a buscar a la barca? —le dijo con cierta dureza, aunque, sin saber por qué, procuró evitar todo acento amenazador.

El otro ni siquiera se volvió. Continuó en su labor sin darse cuenta de lo que acababan de decirle.

—¿Es que no me oye? —insistió Buck, avanzando unos pasos más.

Igual actitud en aquel hombre.

Keller miró hacia donde estaba la casa, pero no advirtió la menor señal de que hubieran descubierto su presencia.

Acercóse al desconocido y apoyó el cañón de la pistola en su costado.

Entonces fue cuando el otro se volvió. Quedósele mirando, asombrado, aunque sin desprenderse de la expresión estúpida que moldeaba sus facciones.

—¿A qué ha ido a la barca? —repitió, indicándola, con un movimiento de cabeza.

Aquel hombre no despegó los labios. Miróle como si no comprendiera, desviando a continuación los ojos hasta fijarlos en el arma que empuñaba.

—¿Es que te has propuesto no hablar? —apremióle Keller, sintiendo que comenzaba a perder la paciencia.

Sólo obtuvo un ligero encogimiento de hombros.

—¿De dónde has sacado esa chaqueta? —preguntóle ahora, cogiendo la prenda que había ido a buscar y mostrándosela con gesto expresivo.

La mirada del jorobado buscó la nave que reflejábase en las aguas de la caleta. Era indudable que comprendía perfectamente lo que Keller estaba diciéndole.

—¿Es que va a durar mucho tiempo esa comedia? —amenazóle el muchacho, clavando con fuerza el cañón de la Luger en el costado de su prisionero.

Por vez primera una expresión de terror apareció en sus ojos. Llevóse un dedo a los labios y de allí a los oídos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no puedes oír ni hablar? —Quedó unos segundos indeciso. Luego le colocó la chaqueta ante los ojos.

—¡Eso pertenece a un amigo mío! ¿Comprendes bien? ¡Y ese amigo mío está en algún lugar cercano! Probablemente en ese barco que acabas de visitar.

Buck Keller extendió el brazo señalando la silueta de la nave.

El hombre le miró sin pestañear, pero Buck tenía la seguridad de que comprendía cuanto acababa, de decirle.

—¡Ahora mismo vas a llevarme allí! ¡Y cuidado con jugarme una mala pasada, porque habré de enseñarte que no tolero ninguna broma!

Cogióle de un brazo y le obligó a entrar en la lancha. Sin dejar de vigilarle soltó la amarra y fue a colocarse a su lado.

—¡Llévame allá! —indicóle con un gesto expresivo.

Sin hacerse repetir la orden, el giboso comenzó a remar en dirección de la nave. Al llegar a ella quedóse mirando a Keller en actitud expectante.

—Sube —indicóle, señalando la escalerilla de cuerdas.

Esperó a que estuviera arriba y entonces lo siguió.

La embarcación era un viejo falucho, inservible ya para navegar. La carcoma había causado grandes destrozos en los maderos y no era difícil adivinar que el mejor día cualquier temporal acabaría por sumergirlo en las profundidades de la bahía.

Sobre la cubierta no se observaba nada anormal. La escotilla de popa estaba abierta. A una indicación de Keller, su guía se dispuso a bajar a la sentina.

La linterna que el agente llevaba llenó de luz aquel lugar

oscuro e inmundo. La humedad rezumaba por los intersticios de los maderos llenando el ambiente de un olor salobre y acre de agua, corrompida.

Allí no se veía ni rastro de Reedy, pero había una puerta que comunicaba con el compartimiento y estaba cerrada.

De una fuerte patada abrió Keller. Dirigió el haz luminoso hacia el fondo y lo que vio le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

El inspector Reedy se hallaba tumbado sobre unos harapos. Tenía las facciones desencajadas y sus ojos desmesuradamente abiertos miraban hacia la puerta que acababa de abrir Buck Keller.

—¡Reedy! —exclamó, dirigiéndose hacia él—. ¡Me decía el corazón que no podías estar muy lejos de aquí!

Los labios exangües del inspector distendiéronse en una mueca que quería ser una sonrisa.

—Hola... Buck —balbució trabajosamente—. Sabía que acabarías por encontrarme.

Keller sacó una navaja y de unos cuantos cortes libróle de las ligaduras que lo tenían inmovilizado.

Era tal la debilidad del inspector Reedy que tuvo que ayudarle a ponerse en pie.

—Voy a sacarte de aquí y llevarte a un lugar seguro —animóle mientras salían de allí.

—¿Has venido solo?

—Sí; pero no tardará en llegar Cassley. Vine siguiendo los pasos de Mercey. Se llevó a Dora y la condujo a la casa que hay cerca de la playa.

—¡Es ahí donde Zabbs tiene su guarida! —exclamó Reedy, como si de pronto hubiera recordado—. ¡Posiblemente ya se habrá dado cuenta!

Súbitamente se acordó Keller del hombre que le guiara hasta allí. Habíalo olvidado y ahora se percataba de que no estaba con ellos.

Dejó a Reedy apoyado contra la pared y subió rápidamente la escalerilla. En el mismo momento el ruido de un cuerpo al caer al agua, le orientó.

Asomóse a la borda y vio al jorobado nadar vigorosamente hacia la playa. Instintivamente sacó la Luger y apuntó hacia él; mas de

pronto comprendió que el estampido del disparo atraería forzosamente la atención de los moradores de la casa.

—¡Voy a por él, Reedy! —advirtió al inspector mientras deslizábase por la escalerilla de cuerda.

Cogió los remos y empezó a remar hacia la playa. Avanzaba rápidamente y pronto comprendió que llegaría allí antes de que lo hiciera el fugitivo.

Al llegar a la arena saltó fuera de la lancha y corrió a esperarlo. Jadeaba por el esfuerzo realizado y no opuso la menor resistencia a entregarse.

Pero en aquel momento se dio cuenta Buck de que por el sendero que descendía a la caleta cuatro personas llegaban corriendo.

Sacó la Luger y buscó rápidamente un lugar desde el que poder hacer frente a los malhechores. Una sola mirada le bastó para cerciorarse de que se acercaban provistos de armas de largo alcance, contra las que no podía arriesgarse a enfrentarse al descubierto.

En cuatro zancadas buscó un refugio entre las rocas. No bien llegó allí cuando una ráfaga de plomo silbó por encima suyo. Acurrucóse cuanto le fue posible y dirigió el cañón de su pistola hacia la estrecha franja arenosa que tenía enfrente. Unas veinte yardas más allá descubrió a uno de sus atacantes que en mejor posición que él le hostigaba, con el fuego de una Thompson.

Habíase visto obligado a, adoptar una violenta postura a causa de apoyar sus pies en un estrecho saliente rocoso. Desde él disparaba en cuantas ocasiones consideraba que el fuego de su Luger podía tener alguna eficacia. Sin embargo estaba agotando la provisión de municiones.

De pronto sintió que el saliente donde se apoyaba cedía bajo sus pies. Intentó desesperadamente asirse a la roca y no lo consiguió. Fue rodando hasta la playa desde una altura de diez o doce pies, pero los golpes recibidos durante la caída le dejaron aturdido.

Cuando quiso incorporarse ya tenía a dos de los atacantes encima sujetándolo fuertemente y reduciéndole antes de producirse todo intento de resistencia.

—¡Conque ése era el pájaro! —Oyó una voz recia y en un tono cargado de ironía.

Levantó los ojos y vio a un hombre vestido de negro. Sonreía satisfecho mientras acariciábase la barbilla en ademán de reflexionar.

Sin necesidad de que se lo dijeran adivinó Keller que se encontraba en presencia del profesor Zabbs, el hombre que con tanto afán había estado buscando.

—¿Lo llevamos al barco, profesor, o habrá que hacerle cantar antes? —preguntó uno de sus aprehensores.

—Llévadlo primero arriba —ordenó Zabbs—. Ya veremos allí lo que conviene hacer con él.

Poco después la verja de hierro cerrábase a sus espaldas y Buck vióse en el umbral de la casa que unos minutos antes había estado vigilando desde los arbustos del bosque cercano.

CAPÍTULO VIII

De un violento empujón lanzó Bill a su prisionero hasta el centro de la habitación. Detrás de él entraron el profesor Zabbs y Red. El jorobado Elías y Dick habían sido enviados al falucho para reducir al hombre que Buck Keller intentara libertar.

Al mirar Buck el lugar al cual acababan de llevarle se dio cuenta de que otras personas estaban allí. Dora Glenn fue a quién primero vio. Estaba sentada en una silla y al cruzarse sus miradas le sonrió con simpatía, pretendiendo, infundirle confianza. Luego vio a Mercey y a su lado a la mujer que ya conociera en «La Bahía» la noche del incidente con el joven de la gabardina a quién intentara proteger.

—Esa cara no me es desconocida —fueron las primeras palabras de aquella mujer mientras se le aproximaba para observarle con más, detenimiento—. Tengo idea de haber tropezado contigo en alguna otra parte.

Buck la miró, indiferente, y desvió la mirada para fijarla en Mercey. Este volvióse para mirar por la ventana. Era evidente que sentíase cohibido al enfrentarse con aquellos que habían sido sus compañeros.

—¿Es ése el hombre que andaba husmeando en nuestras cosas? —preguntóle Zabbs.

Mercey hizo un signo significativo, pero no despegó los labios.

—¿Conoces su nombre?

—Es el agente Keller —dijo—. Ayudaba al inspector Reedy en nuestra búsqueda.

—¿Crees, pues, que ya no queda nadie?

—Creo que no.

—En tal caso será mejor terminar cuanto antes.

—Un momento, profesor —intervino Ruby—. Tengo interés por saber lo que ha sido de un buen amigo mío a quién ese sabueso

andaba siguiendo. Me refiero a Raúl. Sería lamentable que...

—Eso no me interesa lo más mínimo —atajó Zabbs—. Y creo que esas relaciones con un traficante de drogas sólo pueden proporcionarnos complicaciones. Será mejor que te olvides de él por algún tiempo.

Ruby esbozó una mueca de desagrado y pareció desentenderse de aquella escena llevando su cigarrillo a los labios.

Bill acercóse a Dora y obligóla a levantarse.

—No podrás quejarte de la compañía que te hemos buscado —le dijo, burlón.

Al tiempo de llevársela de allí, Red le hizo un ademán de que los siguiera.

Custodiados por los dos secuaces de Zabbs fueron conducidos hasta la playa. La lancha ocupada por Dick y el sordomudo regresaba ya de cumplir las órdenes dadas por su jefe. No bien varó en la arena, hicieron subir a ella a los dos cautivos, ocupando los tres compinches del profesor sus puestos respectivos.

En tanto Dick manejaba los remos, Bill y Red apuntaban a los dos jóvenes con sus armas. En silencio observaban como la orilla se alejaba. En ella permanecían inmóviles el profesor y el traidor agente Mercey. Por el sendero dirigíase hacia la casa el jorobado Elías, indiferente en absoluto a cuanto se desarrollaba en la lancha.

Red fue quien primero subió a bordo del falucho. Desde la borda quedóse observando como Buck y Dora ascendían por la escalerilla. Inmediatamente detrás lo hicieron Bill y Dick.

—Lástima de barquichuelo —comentó este último, dirigiendo la mirada a su alrededor—. Con unos cuantos remiendos hubiera servido para el viaje que tengo proyectado a las Bermudas.

—No perdamos el tiempo —replicóle Bill—. Aún queda mucha cosa por hacer y el

F. B. I.

no es patrón que se duerma cuando le desaparecen algunos de sus hombres.

Dick empujó a Buck Keller hacia la escotilla y obligóle a descender hasta sus entrañas. Allí encontró de nuevo a Reedy, inmovilizado con las mismas ligaduras que poco antes cortara.

Aun en tal penumbra vio Keller en los ojos del inspector el desencanto que le causaba el ver sus esperanzas desvanecidas.

—Ahora no vas a verte tan sólo como estos días —fue el saludo que le dirigió el brutal Red—. Bien es verdad que el que tiene amigos nunca se ve abandonado.

Y echóse a reír con fuerza, coreado por su compinche Dick. Más diligente que ellos, Bill había ido en busca de otras cuerdas y se disponía a inmovilizar al agente. Tuvo que ayudarle Dick, en tanto Red apuntaba con la Thompson a sus dos prisioneros.

Terminada esta labor fueron sujetos a uno de los maderos de la sentina, de modo que quedara, entre cada uno cerca de cuatro pies de distancia.

—¡Valiente tripulación que se ha buscado el viejo «Corsario»! —bromeó aún Red, aludiendo al nombre ya borroso que figuraba en uno de los costados de la nave y con el cual era conocida—. Sólo nos faltaría pescar a uno de esos viejos lobos del F. B. I.

y atarlo al timón para que lo condujera hasta, los mismos muelles de Manhattan.

Aún se escuchaba su risa grosera, y brutal cuando descendió por el costado de la nave. Luego las voces fueron apagándose a medida que la lancha se alejaba en dirección a tierra.

—Esta vez sí que me he lucido —fue el comentario jovial de Keller, que rompió el silencio que se había formado en las profundidades del barco a la salida de los malhechores.

—Yo sola tengo la culpa de lo que ocurre —reprochóse Dora—. Fié en las palabras de ese falso policía que me aguardaba a la salida de la pensión.

—¿Qué fue lo que le dijo Mercey? —preguntóle Buck.

—Me dijo que era usted quien lo enviaba a buscarme.

—Y usted lo creyó sin vacilar.

—Al advertir que desconfiaba me mostró su insignia de policía. Entonces ya no dudé. Solamente al darme cuenta de que tomaba una dirección sospechosa fue cuando me obligó a permanecer quieta bajo la amenaza de su pistola.

En un rincón el inspector Reedy permanecía inmóvil. Era tal su estado de postración a causa de los malos tratos y la falta de alimentos que no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Jim Cassley no tardará en llegar —comentó Keller—.

Desgraciadamente seguirá nuestra misma suerte en el caso de que venga solo, lo cual es más que probable, ya que así se lo indicaba en mi nota.

—Lo cazarán en la misma forma que han hecho con nosotros —coincidió Dora Glenn—. Y gran parte de la culpa la tengo yo. Si le hubiera hecho caso desde un principio...

—Usted nada tiene que reprocharse, Dora.

—Yo hubiera podido evitarle muchos sinsabores; pero estaba resentida por lo ocurrido en Englewood.

—Lo comprendo, y créame que siento sinceramente lo de su primo.

Dora miró a Buck con cierta sorpresa.

—¿Mi primo? ¿Cómo lo ha sabido?

—Anoche detuvimos a la mayoría de los componentes de la banda en la cual estuvo metido. El propio Raúl me dio toda clase de detalles. No sabe cuánto lamento el haber sospechado de usted.

—Yo misma le di motivos para ello —reconoció Dora—. Luché cuánto me fue posible por apartar a Tonny de aquellos malvados, pero todo fue en vano. Incluso llegó a maltratarme por mi empeño.

—Comprendo lo que habrá sufrido.

Con un gesto brusco de su cabeza echó Dora el cabello hacia atrás, como si quisiera al propio tiempo apartar de su mente unos recuerdos desagradables.

—¿No cree que sería conveniente tratar del modo de salir de aquí?

—No crea que he dejado de pensar en ello —sonrió Keller—. Llevo ya un buen rato intentando aflojar esas ligaduras sin conseguir ningún progreso.

—Entonces... —balbució Dora con expresión de espanto—, ¿supone que estamos condenados a pudrirnos entre estos maderos?

—No creo que sean tan magnánimos —opinó Keller—. Ellos saben que no puede pasar mucho tiempo sin que algún indicio conduzca hasta aquí a cualquiera de nuestros compañeros.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró, aterrada—. ¿Quiere decir que están tramando el modo de librarse de nosotros?

—Temo que al traernos aquí ya lo tenían todo planeado. Y no pasará mucho tiempo sin que sepamos a qué atenernos.

Y como si los hechos vinieran a dar la razón al agente, el agua

comenzó a brotar por las juntas de los maderos del suelo.

—¡Buck! —exclamó Dora, palideciendo—. ¡Mire lo que sale por ahí!

—¡Han dejado que el agua vaya inundando el fondo del barco! ¡Ésa era la suerte que nos tenían reservada!

No volvieron a despegar los labios. Como hipnotizada, la mirada de Dora Glenn no se apartaba de los intersticios por los que el agua entraba en la sentina.

Con los músculos en tensión ensayó Keller nuevas tentativas dirigidas a librarse de las cuerdas que sujetaban sus manos y pies. Inútil tarea por la destreza con que el malvado Red había cumplido su cometido.

—¡Es inútil! —murmuró al fin con desaliento. Y volvió la mirada hacia la muchacha—. Hubiera querido conseguirlo por usted, Dora. Es una dura suerte que no merece.

La vio muy pálida, pero parecía haber recobrado su tranquilidad y sangre fría.

—¿No me guarda ningún rencor, Buck? —preguntó.

—¿Por qué habría de guardárselo? —sonríele él—. Ahora puedo confesarle que desde un principio experimenté por usted una inmensa simpatía. Y lo malo es que no he tenido la menor oportunidad para demostrárselo.

—¿Siente eso que ha dicho, Buck?

—No tenga ninguna duda.

—Lo mismo me ocurre a mi respecto a usted. ¿No le parece una ironía del destino revelar nuestros sentimientos en un momento como éste?

—Hasta cierto punto ha hecho de mí un hombre feliz.

—¡Oh, Buck! Ahora que empezaba a conocerlo...

El agua comenzó a inundar el espacio en que se hallaban y les llegaba ya a media pierna. Desde su rincón el inspector Reedy miraba los extraños remolinos con ojos de hipnotizado.

Un ruido les llegó entonces de la derecha. La presión del agua acababa de hacer saltar uno de los maderos deshecho por la carcoma, comenzando a irrumpir en forma tumultuosa.

—¡Buck! —chilló Dora, aterrorizada—. ¡No quisiera tener miedo, pero no puedo evitarlo!

Buck Keller ensayó un nuevo esfuerzo. Su rostro congestionado

revelaba la violencia y la tensión a que sometía sus músculos. Pronto comprendió que todo era, inútil y cesó en su intento.

El agua subía rápidamente llegándoles ya por encima de la rodilla. Unos minutos más y la sentina del barco quedaría totalmente inundada. Los dos jóvenes cruzaron sus miradas y en ellas expresaron toda la fuerza de los sentimientos que en aquel instante acababan de encenderse en sus corazones.

Jim Cassley apoyóse en el quicio de la puerta, mirando con asombro a uno y otro extremo de la calle. Estaba perplejo. No hacía ni cinco minutos que había dejado a Buck Keller en el bar, y sólo en el tiempo de ir a recoger su automóvil y dejarlo a poca distancia del establecimiento habrían tenido lugar las causas por las cuales tanto su amigo como el agente Mercey habían desaparecido de aquellos lugares.

Preguntó en el bar, sin que nadie supiera darle razón de Buck. Luego decidióse a entrar en la casa de enfrente. Abrióle una mujer ya de edad.

—Miss Glenn salió hace unos momentos —contestó a su pregunta—. No me dijo adónde iba, ni tengo por costumbre preguntarlo a mis huéspedes.

Era evidente que tanto Buck como Mercey y Dora Glenn había tomado el mismo camino. Lo lamentable estaba en que Buck no hubiera dejado la menor indicación en dónde debía aguardar hasta recibir sus noticias.

Esperó media; hora por si alguien regresaba. Luego decidió volver a la Jefatura.

Al mediodía le llegó el aviso de Keller. Un taxista entrególe una nota en la que le pedía fuera cuanto antes a un punto situado en la bifurcación de la carretera de la costa, en el sur de Long Island, con un camino que bordeaba una de las zonas pantanosas que allí abundaban. Adjuntábalo un pequeño gráfico del lugar donde estaría aguardándole; sin embargo, Cassley prefirió que fuera el propio taxista quien le guiara hasta allí.

Al llegar al lugar donde Keller debía esperarle, apeóse Jim.

—¿Está seguro de que es aquí donde dejó al agente Keller? —preguntó al conductor.

—Completamente seguro, señor. Veo, incluso, las huellas que dejó mi coche al dar la vuelta para regresar.

Y señaló el césped del borde que aparecía hollado en una reducida extensión.

—Está bien. Déjeme aquí y ya puede marcharse.

Entrególe unas monedas y esperó a que el automóvil se hubiera perdido en el primer recodo del camino.

Al estar solo dirigió Cassley la mirada, a su alrededor. De la derecha, el rumor del oleaje le llegaba claramente, indicándole que la playa quedaba a muy escasa distancia de la carretera. No se veía el menor indicio de estar aquel lugar habitado; pero al terminar de subir la cuesta descubrió una construcción casi al mismo pie de la vertiente opuesta.

Comprendió en el acto que aquélla era la casa indicada por Buck en su mensaje.

Escrutó atentamente cuánto terreno se divisaba a su alrededor. Ningún ser viviente veíase por parte alguna. Todo ello resultaba tanto más sospechoso desde el momento que Buck Keller debía estar allí aguardándole como conviniera.

Retrocedió hasta el punto de partida y dio un rodeo a fin de situarse al otro lado de la casa.

Parecía deshabitada a juzgar por el aspecto de puertas y ventanas cerradas. El camino continuaba bordeando la costa, pero de la casa partía un sendero en dirección del mar.

Iba a retroceder, cuando escuchóse el ruido de un motor al ser puesto en marcha. La verja de acceso a la finca se abrió en aquel momento y un automóvil salió del recinto enfilando la carretera por la que poco antes había llegado.

A pesar de la velocidad que llevaba pudo Cassley ver que lo ocupaban cinco hombres y una mujer. Y aunque fugazmente reconoció en el que ocupaba el asiento junto al conductor al traidor agente Mercey.

El automóvil se perdió al transponer la loma. Impulsivamente salió el joven de su escondite y sacó la Luger. Un extraño individuo procedía a cerrar de nuevo la verja.

En cuatro zancadas llegó hasta allí y trepó por el muro. El hombre se alejaba por el sendero que cruzaba el jardín en dirección de la casa. Cassley dejóse caer al otro lado y lo alcanzó en pocos segundos.

—¡Alto, amigo! ¡No vayas tan deprisa!

Pero a pesar de su orden, el otro siguió andando.

Sin dejar de apuntarle, Jim lo retuvo del brazo. Sobresaltado, volvióse hacia él y trató de resistirse.

—¡No te muevas, o voy a convertirme en una criba!

Aquel ser contrahecho acurrucóse a los pies de Cassley llevándose las manos a la cabeza.

—¿Dónde está el agente que llegó aquí hace un par de horas? ¿Y la joven que le acompañaba? —inquirió, sospechando que Dora y Buck habían caído en poder de aquellos malhechores.

Con gestos expresivos dióle el jorobado a entender que no podía oírle ni expresarse con palabras.

—¿Conque no puedes oírme? Ya haré yo que me entiendas a la perfección.

Mostróle su insignia y luego indicóle la casa, ordenándole que fuera delante.

—¡Como intentes gastarme alguna jugarreta, te enseñaré cómo tratamos a los pájaros de tu ralea!

El ocupante de la casa pareció dudar. Seguidamente tomó una resolución. Volvióse hacia la entrada y señaló en dirección del mar.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Cassley, intrigado.

El hombrecillo echó a andar hacia la verja y el muchacho lo siguió, Sospechando que había conseguido convencerlo.

En silencio recorrieron el trecho que les separaba de la playa. Al llegar a ella descubrió Cassley el falucho anclado a poca distancia. Inclínabase ligeramente de babor y parecía hundirse por la parte de proa.

Ya en la orilla, su guía extendió el brazo en dirección de la nave.

—¿Quieres decir que hay alguien allí? —preguntó Cassley, aun sabiendo que no podía oírle, pero aquel personaje debía comprender lo que hablaba fijándose en el movimiento de sus labios. Separó sucesivamente tres de los dedos de la mano izquierda.

—¿Tres? —murmuró el agente—. ¿Tres qué?

El jorobado repitió el gesto, y Cassley comprendió que en el barco había tres personas.

—Vas a llevarme allí ahora mismo —le ordenó, indicándole la lancha amarrada a poca distancia.

Tal vez por efecto de la Luger que le estaba apuntando o, quizá,

por el deseo de congraciarse con el policía, el caso era que aquel individuo no se hizo repetir la orden. Soltó las amarras y subió a la embarcación, haciéndolo Cassley seguidamente.

En los escasos minutos que emplearon en salvar aquella distancia se percató Cassley de que la nave íbase hundiendo rápidamente. Imaginó que Buck y Dora estaban encerrados en aquel carcomido falucho y la terrible suerte que les habían reservado.

No tuvo necesidad de apremiar a su acompañante, ya que éste, conocedor sin duda de lo que ocurría, parecía tan interesado como él mismo de llegar cuanto antes a su objetivo.

Al tocar el casco del barco encaramóse Cassley ágilmente por la escalerilla. Ya arriba esperó a que el jorobado hiciera lo mismo.

El hueco obscuro que se abría a pocos pasos atrajo su mirada.

—¡Buck! —llamó con fuerza, asomándose a él.

—¡Jim! —contestóle la voz de Keller, casi inmediatamente debajo.

Cassley ya no titubeó. Bajó la escalera, y la luz de su lámpara le mostró el fin que los raptos de los dos jóvenes preparaban a éstos.

Con el agua hasta la cintura avanzó hacia Dora y Buck; pero éste le señaló el rincón opuesto de la sentina que permanecía en sombras.

—¡Saca primero a Reedy! ¡Lo necesita antes que nosotros!

Volvióse y descubrió al inspector. Permanecía casi inconsciente y no se había dado cuenta de la llegada de su salvador.

En pocos segundos librólo de las ligaduras. Cargólo sobre sus espaldas yendo hacia Buck. De un tajo certero cortó las cuerdas que sujetaban sus manos y le entregó el cuchillo.

—Termina tú el trabajo —le dijo mientras marchaba hacia la escalerilla con el cuerpo del inspector.

—¡Ayúdame a bajarlo a la lancha! —le dijo al individuo que aguardaba en cubierta.

Elías comprendió enseguida su orden, ya que bajó primero y arrimó la embarcación al casco. Al tiempo de depositar a Reedy en el fondo del bote aparecieron Buck y Dora en lo alto.

—¡Daos prisa! —les apremió—. ¡El barco se hunde cada vez más de prisa!

Ya los cinco en la lancha alejaronse prontamente de aquel lugar.

—¡Vaya una broma que os tenían preparada! —rió Cassley

guiñando un ojo a Reedy que en aquel momento parecía despertar de un sueño.

—¡Bravo... Jim! —sonrió—. ¿Conque has sido tú quien ha hecho esto?

Cassley miró a Buck y lo vio rodeando a Dora por el talle y besándola en los labios. La muchacha echó sus brazos al cuello del agente.

—¡Diablos! —exclamó Cassley, sorprendido—. Creo que es a mí a quién debiera estar agradecida.

Dora le sonrió con simpatía.

—Le estoy doblemente agradecida, Jim —le dijo—. Por lo que ha hecho conmigo y por lo otro.

—¿Lo otro?

—Lo otro lo sabrás más adelante —le dijo Buck con aire de misterio.

Dora chilló y todos se volvieron.

La nave sumergíase en aquellos momentos y sólo sobresalía la parte de popa. Permaneció unos segundos inmóvil para terminar desapareciendo rápidamente bajo las olas.

—Unos minutos más y... —habló Buck en voz baja.

La lancha acababa de varar en la arena. Jim Cassley saltó a tierra, ofreciendo la mano a Dora para bajar del bote.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con esos canallas? —preguntó a Keller.

—Debe ser algo así como un sirviente que cuida de la casa. Me pareció observar que lo tienen atemorizado. ¿Viste a los demás?

—Vi a mi llegada un coche que se alejaba en dirección de Rockway. Reconocí a Mercey entre los que lo ocupaban.

—Entonces no cabe duda que Zabbs y sus secuaces habrán salido. No creo hubiera otra gente en la casa.

—Quizás ese hombre sepa a dónde han ido.

—Aun cuando así fuera no conseguiríamos entendernos. De todos modos tengo la impresión de que apenas si conoce los planes que tratan de llevar a cabo.

Entraron en la casa. Tras un breve registro pudieron comprobar que allí no quedaba nadie.

En tanto Dora y Cassley cuidaban de Reedy, Buck llamó por teléfono a la Jefatura. El propio inspector Newmann le contestó.

—Hemos encontrado a Reedy, inspector —comunicó el joven—. Nos encontramos en la guarida del profesor Zabbs, en la carretera del sur de Long Island, a unas ocho millas de Rockway.

—¿Puede precisar más, Keller?

—Hay que seguir un camino que bordea la costa después del cruce de Lynbrook. A cosa de un par de millas se encuentra una casa solitaria rodeada de un pequeño jardín. Ése es el lugar donde nos encontramos.

—Bien, Keller. ¿Cuánta gente necesita?

—Mándeme a O'Connor y dos o tres de sus hombres. También es conveniente que les acompañe un doctor. El inspector Reedy se encuentra bastante débil.

—Procuraré que no tarden en estar ahí.

Keller cortó la comunicación y volvió junto a sus compañeros.

—Entretanto llega O'Connor registraremos la casa por si han dejado algo de interés.

No había terminado de hablar cuando el ruido de un motor hizo que todos levantaran la cabeza para, escuchar.

De un salto fue Buck hasta la ventana. En segundo después estaba Cassley a su lado. En coche descendía la pendiente en dirección de la casa.

—Ése es el automóvil que vi partir a poco de mi llegada aquí —habló Cassley sin levantar demasiado la voz.

—¡Magnífico! —exclamó Keller—. ¡Vamos a recibir a los que llegan en la forma que se merecen!

El jorobado Elías se había percatado de lo que ocurría y parecía presa de un fuerte nerviosismo.

—Vigílolo mientras yo voy a abrir —le dijo a Cassley—. No conviene que confiemos demasiado.

CAPÍTULO IX

Desde la puerta advirtió Keller que la verja del exterior había quedado abierta. No tenía tiempo de ir allí ya que el automóvil estaba acercándose y antes de un minuto se habría detenido ante la casa.

Ocultóse en el vestíbulo y aguardó a que el recién llegado se presentara. Desde su escondite podía ver que una sola persona ocupaba el vehículo, aunque dada la distancia no podía reconocer de quién se trataba.

Oprimía su diestra la «Luger» que Cassley acababa de facilitarle. No dudaba de que los acontecimientos estaban precipitándose y que en las próximas horas iba a decidirse el éxito o el fracaso de su misión. Era preciso obrar con audacia y rapidez. El profesor Carl Zabbs tenía en su poder importantísimos documentos, cuyo conocimiento por otras potencias crearían una situación gravísima a los Estados Unidos, además de los daños incalculables que podían derivarse de la posesión de terribles descubrimientos científicos, de una acción y eficacia jamás conocidas.

El ocupante del automóvil se había apeado y en aquel momento se dirigía hacia la casa. Miraba a derecha e izquierda, tal vez en busca del criado que la cuidaba y al parecer extrañado por haber encontrado la verja abierta.

Atisbando desde su escondite reconoció en él a Bill. Llevaba una cartera bajo el brazo y parecía nervioso.

Al ir a entrar salió Buck de su escondite y plantóse frente al que llegaba. Su actitud y el arma que empuñaba eran harto expresivas para molestarse en usar de toda otra amenaza.

Sorprendido por aquella aparición en la que ni siquiera podía soñar, quedóse Bill rígido, sin atreverse a dar un paso más. Buck Keller aprovechó aquella sorpresa para acercársele y despojarle del arma que guardaba en su bolsillo.

—No es prudente llevar tanto peso en los bolsillos —bromeó al tiempo de colocarse a sus espaldas—. Ahora ya puedes entrar en tu apacible hogar donde aguardan algunos antiguos conocidos.

—Ya veo que hemos sido unos estúpidos al no quitaros de en medio.

—No cabe duda que hay fallos que se pagan caros —asintió Buck de excelente, humor—. Lo importante es evitar toda oportunidad de enmienda.

Dora había aparecido por la puerta del cuarto donde esperaban. Al darse cuenta de lo que ocurría hizo una seña a Cassley quien no tardó en imitarla.

—Ha sido una buena ocurrencia el regresar, joven —le dijo jovial—. No está bien salir de viaje sin dejar una indicación del lugar al que se va.

—Ahora ya entiendo por qué sus amigos no están en el fondo de la bahía —comentó con sorna.

—Ha sido una broma de muy mal gusto embarcarlos en un cascarón pasto de la carcoma. Otra vez hay que poner más cuidado con lo que se hace.

Obligado por Keller, Bill entró en el comedor de la casa. Primero dirigió la mirada al desfallecido Reedy, desviándola seguidamente hacia Elías que en un rincón permanecía sin osar sostenerla.

—Bien; terminemos ya de una vez —habló con la mayor naturalidad.

Buck arrebatóle la cartera; pero enseguida se percató de que estaba vacía.

—Eso es una prueba palpable de que has venido en busca de algo olvidado. Como todavía tardarán en llegar O'Connor y los agentes, podremos hablar tranquilamente y sin ninguna violencia.

Aquellas palabras parecieron inquietar al malhechor.

—¿Qué es lo que desea de mí? —inquirió, nervioso.

—Pareces volverte más razonable —sonrió Keller—. ¿Me dirás a lo que has vuelto a esta casa?

—Vine a por unas prendas —repuso rápido—. No tienen importancia.

—¿Tal vez unos papeles?

—No; aquí ya no queda nada. Ya no pensábamos poner los pies. El profesor la adquirió por muy poco tiempo.

—Y en agradecimiento habéis hundido el falucho que su propietario conservaba anclado en la bahía.

Bill se encogió de hombros. Entonces Keller se le acercó y zarandeólo con violencia.

—¿Dónde esperan tus compinches? —le preguntó.

—Cada cual se fue por su lado —repuso—. Ya no era necesario seguir juntos.

—Es ya tarde para tragarme ese cuento —replicó Keller—. Creo, Bill, que harías mejor diciendo la verdad.

Y levantando la «Luger» apoyó su cañón contra la espalda del bandido.

—La verdad es que... —balbució—, están aguardando no lejos de aquí.

—Y te enviaron a por algo que necesitaban.

—Sí. Unos papeles olvidados por el profesor.

—¿Dónde los guarda?

Bill se levantó y se acercó a unos cortinajes. Los separó con cuidado dejando ver una puertecilla muy bien disimulada. La abrió despacio y vaciló antes de introducir la mano.

—Ten en cuenta que estoy apuntando tu cabeza —le advirtió Keller.

—Será preferible que busque yo mismo lo que ahí guardan —intervino Cassley...

Pero en aquel momento, extrajo Bill un objeto redondo en forma de un frasco metálico.

—¡Si le atreves a disparar acabaremos todos los que estamos en esta casa! —exclamó con una mueca de triunfo—. ¡Ya habrás oído hablar del R. K. - 18! ¡El más potente explosivo logrado hasta la fecha!

Buck había oído hablar de aquel compuesto y no consideraba descabellada la suposición de que Carl Zabbs estuviera en posesión del mismo.

Sin dejar de miróles, Bill iba retrocediendo hacia la puerta.

—No es una perspectiva muy agradable morir pulverizados —seguía amenazando—. La vida es algo muy estimable, tanto para un policía como para un pobre diablo como yo. ¡Qué nadie me estorbe el paso, y todos saldremos ganando!

Pero en aquel momento, cuando ya Bill iba a desaparecer en el

vestíbulo, una figura se abalanzó sobre él y apoderándose de su brazo le arrebató limpiamente el frasco que sostenía. Era el jorobado Elías a quién nadie había visto salir del comedor.

Rápidamente fue Keller hacia Bill y de un formidable directo lo derribó sobre las baldosas de la entrada.

—¡Cuídate de él, Jim! —le gritó a Cassley.

Fue hacia Elías, quien sin pedírselo, le entregó el terrible frasco.

A juzgar por la inscripción, no cabía duda de que su contenido respondía a la descripción que de él había hecho el forajido.

Abrió de nuevo el compartimiento dejando allí el misterioso recipiente. Luego volvióse hacia Bill que en aquel momento se incorporaba frotándose la dolorida barbilla.

—Tus amigos estarán impacientes por tu tardanza —le dijo con sorna—. Y como no hay duda que les agradará saber noticias de nuestra suerte, vas a llevarnos hasta el sitio donde aguardan.

Bill dirigióle una mirada repleta de odio. Empujóle Buck hacia la salida. Y en aquel preciso momento escuchóse el ruido de una motocicleta que se aproximaba.

Eran dos policías del puesto más próximo que habían recibido de la Jefatura el aviso para que se trasladaran allí lo más rápidamente posible.

Encargóles Buck el cuidado de Reedy hasta la llegada del coche que les habían anunciado. Seguidamente, en unión de Jim y Dora, llevóse de allí al forajido.

Ya en el vehículo obligaron a Bill a subir en el asiento posterior que ocupó en unión de Cassley. Dora sentóse junto a Buck que se encargó del volante.

—Procura ser preciso en tus indicaciones —advirtióle Jim que no dejaba un instante de apuntarle—. Cuanto antes terminemos, tanto mejor.

—¿Y si me niego?

Buck volvióse hacia él y lo miró fijamente.

—La otra noche acompañaste al profesor en el asalto a las dependencias de la Defensa Atlántica. No ignorarás que hubo, dos víctimas.

Bill mantuvo un impenetrable silencio.

—La persona que disparó contra el centinela y el sargento Thompson ha de pagar el precio que exigen los más abominables

crímenes. Y ese precio no es otro que la silla eléctrica.

—¡Pero yo no disparé contra aquellos hombres! —exclamó Bill dando muestras de experimentar un verdadero pánico.

—¿Puedes probarlo?

—No... desde luego que no. ¡Fue el profesor Zabbs quien los mató a traición! ¡Red y Dick iban conmigo, y ellos pueden atestiguar que digo la verdad!

—Del mismo modo que tú puedes afirmar que no fueron ellos los asesinos; pero para ello es preciso que les demos esa oportunidad.

Bill lo miró, sin comprender.

—Si el profesor y sus cómplices logran escapar, difícilmente podrás comprobar que no eres culpable de los asesinatos cometidos. Ante la Ley deberás responder de ellos, así como de todas las fechorías llevadas a cabo por vuestro diabólico jefe.

El malhechor revolvióse inquieto. El cañón del arma que empuñaba Cassley apretóse contra su costado.

—El tiempo apremia, Bill —advirtióle—. Aún es tiempo de dar el paso que necesitas para salvarte. Probablemente, dentro de unos minutos será demasiado tarde.

Habían llegado al cruce, y Buck detuvo el coche. Bill vaciló unos segundos; pero inmediatamente señaló a la derecha.

—Por el camino de Evertton —dijo con voz imperceptible.

Reanudó el automóvil la marcha.

—¿Aguardan los otros en Evertton? —preguntó Keller...

—Espero que sí.

El coche aumentó la velocidad y como una exhalación pasaron por el cruce de Dervock.

Ya en los alrededores de Evertton pareció Bill vacilar de nuevo.

—¿Sientes aún escrúpulos? —Intentó Keller decidirle.

—No; pero temo la venganza de ese hombre. Es un cerebro diabólico.

—Cuando esté en nuestras manos nada habrás de temer de él.

—Zabbs no teme a nadie —sonrió Bill, escéptico—. Estando libre...

—Bastará con que digas el lugar dónde aguarda.

Unos segundos más de indecisión por parte de Bill.

—En la entrada al bosque de Woodhandle. Hay allí un sendero

que descende hasta una abrigada caleta. Al anochecer irá un pequeño hidroavión a recogerlos.

—¿Un hidroavión? Así pues ya lo tenía todo dispuesto.

Bill encogióse de hombros, expresando la ignorancia acerca de dicho particular.

—No tenemos por costumbre preguntar ni discutir las decisiones del profesor.

Unas tres millas más allá del cruce salióles al paso el bosque de Woodhandle.

—¿Por dónde cae el sendero? —preguntó Buck aminorando la marcha.

—Es por allí —señaló Buck hacia la derecha.

Habíase vuelto reservado e intranquilo cuanto más se acercaban al final de aquel trayecto. Entraron en el bosque y allí mismo descubrieron el sendero indicado.

Detuvo Buck el coche y examinó con desconfianza aquel lugar.

De pronto advirtió que unas ramas se movían. Intuyó, más bien que vio, una forma que se ocultaba tras unos arbustos.

—No me gusta esto —murmuró al tiempo que ponía el coche en marcha.

En el mismo instante una serie de detonaciones partieron de la espesura. Sintió Buck las balas silbar muy cerca de su cabeza. El inclinarse hacia delante, lo mismo que Dora, fue la acción providencial que les libró de ser alcanzados.

A sus espaldas una apagada maldición dióles a entender que Bill no había sido tan afortunado. Lo vieron encogerse, doblándose hacia delante y con la mano crispándose sobre el pecho.

—¡Cuidado, Buck! —advirtióle Cassley que miraba hacia el lado opuesto.

De allí les llegó una nueva ráfaga. El automóvil saltaba por aquel sendero infernal en una marcha loca por buscar un lugar más seguro. Al fin quedó medio hundido en una charca y de allí y no se movió.

—¡Saltemos a tierra! —ordenó Buck.

Cogió a Dora de una mano y la arrastró hacia el bosque. Por la portezuela opuesta hacia Jim lo propio.

Ahora un silencio profundo los envolvía. Pero no ignoraban que a muy pocas yardas, ocultos en la maleza, había una partida de

criminales dispuestos a terminar con ellos apenas se dejaran ver.

—No os mováis de aquí —les indicó Keller—. Volveré enseguida.

Y se alejó, deslizándose entre los matorrales con la agilidad propia de un felino. Hubo una corta espera, unos minutos de tensión que se hacían terriblemente angustiosos. Luego dos detonaciones vibraron en la calma del atardecer.

Entonces vio Cassley cómo por un claro cruzaban Dick y Red; Empuñaban sendos ametralladores y corrían hacia donde se oyeran los disparos.

Disparó sin titubear. Vio a Dick dar un traspié y caer rodando sobre el barro. Red se detuvo, sorprendido, y luego corrió a esconderse tras un árbol. En aquel mismo instante la voz autoritaria de Buck le conminó:

—¡Levanta las manos y tira ese chisme!

Revolvióse furioso intentando lanzar una granizada de balas contra el oculto seguidor; pero no tuvo tiempo de conseguirlo. La «Luger» de Keller escupió su respuesta mortífera, y Red se desplomó a muy pocos pasos de donde yacía su compinche.

Corrieron Jim y Dora hacia donde estaba su amigo.

—No confiaros demasiado —les previno el agente—. Falta el más peligroso de todos.

A poca distancia vieron el cuerpo de Mercey, el traidor agente. Estaba malherido, pero aún vivía. Tenía a su lado una «Thompson» de la que Cassley se apoderó.

Fue Dora la que descubrió el otro coche. Se hallaba oculto entre unos árboles y al mismo borde de la caleta.

De pronto fijóse Cassley en una sombra, que se deslizaba entre las rocas. Parecía adoptar grandes precauciones y era evidente su intención de llegar hasta la orilla del mar.

—Creo que el profesor Zabbs no quiere tomar parte en la revista —dijo señalando una lancha que se balanceaba junto a la arena.

Keller tomó de sus manos la «Thompson» que le quitara a Mercey y aguardó a que se dejara ver de nuevo.

Efectivamente, Carl Zabbs intentaba descender al fondo de la caleta. Llevaba en la mano una pesada maleta y advertíase que trataba de pasar desapercibido.

Keller apuntó hacia él y envióle una, ráfaga como aviso. El

siniestro personaje parapetóse tras un peñasco y repelió el ataque. Pero sólo permaneció allí unos segundos. Todo su interés estaba en llegar a la embarcación.

Corrió Buck hasta un lugar situado en el borde de la rocosa pared y desde allí volvió a disparar. Esta vez Zabbs ya no se esforzó en replicar. Echó a correr como alma que lleva el diablo y sin preocuparse de los obstáculos que el risco ofrecía. La playa sólo se hallaba a unas diez o doce yardas y desde ella ascendía el zumbido de la motora preparada para recibir a su huésped. Un hombre tumbado en la parte de popa intentaba, provisto de un rifle, proteger la retirada del diabólico profesor.

Un muro de rocas protegía la huida de aquel hombre. De no poder detenerlo mientras cruzaba la franja arenosa, difícilmente se evitaría que llegara a la nave. Y cuando llegó el momento, disparó Keller una nueva granizada de plomo.

Pero Zabbs parecía inmune a las balas. Si lo había alcanzado no daba la menor muestra de ello. Corría como una exhalación, y no bien hubo alcanzado la borda de la lancha saltó dentro de ella con sorprendente agilidad.

Entonces, por la mente de Keller cruzó una atrevida idea. Era la decisión final de la que dependía el triunfo o el fracaso definitivo en la empresa que lo había tenido en constante jaque.

La mirilla de su «Thompson» enfiló la negra maleta que por unos instantes Zabbs había dejado sobre la cubierta en tanto ayudaba al misterioso tripulante a oponer en marcha la embarcación. Contuvo un segundo el aliento y apretó el gatillo.

Casi al mismo tiempo una horrorosa llamarada surgió de la canoa y una tremenda explosión conmovió el ambiente. Cuando se hubo disipado la espesa humareda, sólo quedaban sobre las aguas algunos maderos balanceándose al vaivén de las olas.

Media hora más tarde llegaba el coche que conducía O'Connor y en el que venían algunos agentes.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó el irlandés, intrigado.

—Zabbs ha vuelto a los infiernos —sentenció Cassley señalando el fondo de la caleta—. Y esta vez ha sido para siempre.

—Pero esa explosión que han oído en Evertton...

—La maleta que Zabbs intentaba sacar con los documentos robados contenía muestras del terrible explosivo R. K. - 18. Una

bala precisa dio en ella y envió a la canoa con todos sus ocupantes al fondo de la bahía.

O'Connor dejó caer los brazos, con desaliento.

—Y pensar que hemos venido a una velocidad endiablada para no perdernos la mejor parte...

Con el coche que acababa de llegar desatascaron al que había quedado abandonado en la charca. Ya en terreno firme, Dora y Buck subieron a él.

—Es preferible que os adelantéis para dar al inspector y a Reedy la buena nueva —pidiéndoles Cassley—. Nosotros iremos más tarde.

Y guiñóles un ojo, significativamente.

Cruzaron en silencio el sombrío bosque de Woodhandle y salieron a la carretera principal. Poco antes de llegar a Evertton, Dora pidió a su acompañante que detuviera el coche.

—Creo que es preferible despedirnos aquí, Buck —le dijo muy seria—. Ahora debo emprender una nueva vida.

—¿Qué clase de nueva vida? —preguntóle Buck, extrañado.

—Pues... —vaciló—, reconozco que no me he comportado muy bien. Tengo unos parientes en Kansas y ellos me ayudarán a conseguirlo.

—¿En Kansas? ¿Y para qué ir a Kansas cuando puedes tenerlos mucho más cerca?

Ella lo miró, asombrada.

—No te entiendo, Buck.

El joven pasó un brazo por la espalda de la joven y la atrajo suavemente.

—Mi madre y mi hermana están en Trenton. Voy a pasar unos días en su compañía, y preferiría no ir solo. Una sola palabra tuya y...

Dora desvió la mirada, evitando la de Keller.

—No puedo hacer eso, Buck.

En silencio, sacó el muchacho las esposas que llevaba en el bolsillo y comenzó a jugar con ellas distraídamente.

—De todos modos te vas a unir a mí —sonrió, mirándola a los ojos—. Y me acompañarás a Trenton, como mi mujer, o a la Jefatura como botín de esta excursión. Tú debes decidir.

Por un instante, Dora lo miró asombrada. Al fin terminó por esbozar una sonrisa repleta de malicia.

—Es una difícil elección, pero creo que no debo...

Buck puso un dedo en sus labios, imponiéndole silencio.

—En adelante seré yo quien decidirá por ti.

—Pero yo, Buck...

El joven la atrajo hacia sí, con suavidad. La última protesta de Dora fue acallada antes de surgir. Los labios de Buck Keller la besaron tan apasionadamente, que comprendió que, en lo sucesivo, ya, nadie sino él, podría llenar al inmenso vacío de su vida.

FIN

SUS DOS MANOS LE OFRECÍAN UNA MISMA COSA: LA MUERTE.

¿Qué elegiría aquella deslumbrante mujer rubia, a la que los hombres consideraban sin excepción como una auténtica doble de Virginia Mayo? ¿El estilete para atravesar su corazón? ¿El arsénico, que es rápido y no derrama sangre?

ARSENICO Y ESTILETE

estaban en aquellas negras manos...

ARSENICO Y ESTILETE

es el título de la última novela de uno de los escritores más populares en el mundo entero:

PETER DEBRY

¡Si es usted capaz de resistir las más electrizantes y violentas emociones, pruébelo leyendo

ARSENICO Y ESTILETE

que aparecerá en el próximo número de la interesante Colección

SERVICIO SECRETO

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 264 - Trini de Figueroa
 * DESDE AQUEL BESO ..
 Núm. 265 - Desabel
 * AMOR PASADO POR AGUA
 Núm. 266 - Mercedes Muntó
 * AMBICION
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 104 - María Teresa Largo
 * TE CONQUISTARÉ
 Núm. 105 - María Láz
 * ENTRE DOS CAMINOS
 Núm. 106 - Sergio Duval
 * LA HORA DEL RETORNO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 160 - Sergio Duval
 * AVES SIN NIDO
 Núm. 161 - María Adela Durango
 * EL HUESPED DEL CASTILLO DUNTHEY
 Núm. 162 - Trini de Figueroa
 * ROMPIENDO EL PASADO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 205 - Fidel Prado
 * EL MISTERIOSO STOKEY
 Núm. 206 - Raf Segram
 * UN HOMBRE QUE NO PERDONA
 Núm. 207 - Orland Gorr
 * RURALES DE TEXAS
 APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 69 - Peter Debray
 * GONGO KONG
 Núm. 70 - Jack Grey
 * CHANTAJE TRAGICO
 Núm. 71 - Peter Debray
 * LOS TIBURONES DEL "TRITON"
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 23 - Clem Yore
 * JUSTICIA DEL GATILLO
 Núm. 24 - Zane Grey
 * LEONES EN EL GRAN CAÑON
 Núm. 25 - Charles B. Judah
 * TOM BONE
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

Últimos volúmenes aparecidos.

* Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 pts



